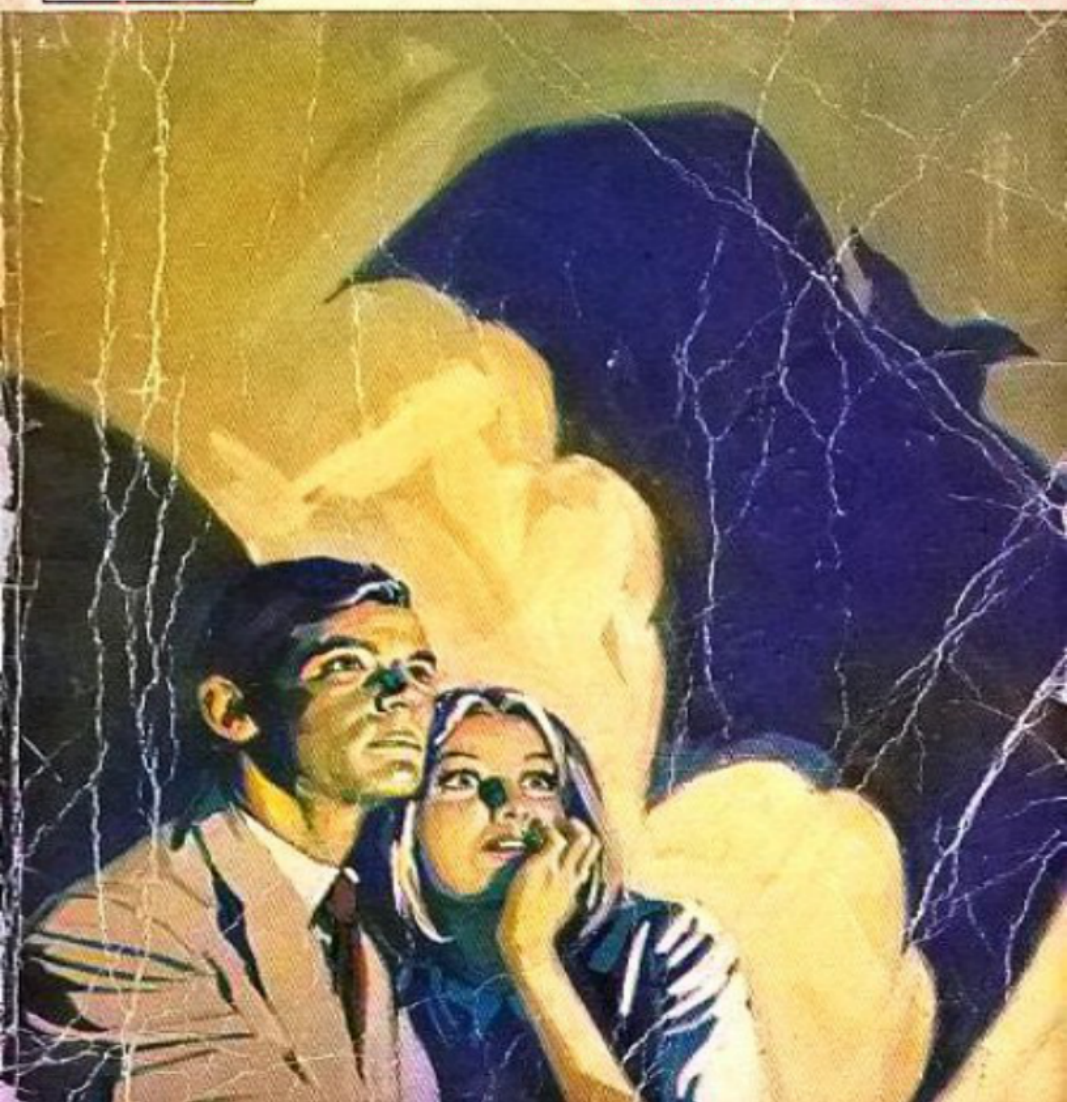


la muerte bajo siete llaves

clark carrados



LA MUERTE BAJO SIETE LLAVES

CLARK CARRADOS

Colección SERVICIO SECRETO n.º 1.127

Publicación semanal

Aparece los MIERCOLES



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA — BOGOTA — BUENOS AIRES — CARACAS — MEXICO



SS

SERVICIO SECRETO



Impreso en España — Printed in Spain

1.^a edición: marzo, 1972

© CLARK CARRADOS — 1972 *sobre la parte literaria*

© JORGE SAMPER — 1972 *sobre la cubierta*

Concedidos derechos exclusivos a favor de EDITORIAL BRUGUERA,
S. A. Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 — Barcelona — 1972

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR PUBLICADAS

POR ESTA EDITORIAL

En Colección BISONTE:

1.246. — Barro rojo, barro de sangre.

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.108. — Cepo para un lobo.

En Colección BUFALO:

958. — Ciudad de locos.

En Colección CALIFORNIA:

791. — Torrente de oro.

En Colección COLORADO:

748. — La ciudad comprada.

En Colección KANSAS:

717. — Tumba para un hombre malo.

En Colección BRAVO OESTE:

526. — Bancarrota a tiros.

En Colección PUNTO ROJO:

513. — El libro de cuentas de la muerte.

En Colección SALVAJE TEXAS:

818. — El fin de la cuenta.

En Colección ASES DEL OESTE:

635. — Las siete chicas de oro.

En Colección BISONTE SERIE AZUL:

52. — Un camino para morir.

CAPÍTULO PRIMERO

EL «Austin» que conducía Danny Peters acometió la curva y, al salir de ella, Kuhlach-am-Schalfter quedó a la vista.

Peters refrenó suavemente la marcha del vehículo. Sabía que estaba cerca de su destino, pero desconocía la ruta que debía seguir en el tramo final de su viaje y consideró oportuno detenerse en la pequeña aldea bávara con el fin de conseguir información.

La muestra de una posada típica le salió al paso pocos momentos después. Consciente de que estaba en el continente, Peters arrimó el coche a la derecha, frenó, cortó el contacto y se apeó.

Pendiente de un soporte saledizo, se balanceaba un ciervo de metal, pintado de plata. La muestra era suficiente para conocer el nombre de la posada.

Kuhlach-am-Schalfter era una aldea muy pintoresca, pero Peters no se había desplazado de Londres a Baviera para admirar las bellezas del país, que, por otra parte, conocía bastante bien. Sin embargo, era la primera vez que estaba en aquella región.

Empujó la puerta de la posada, en cuya planta baja había una sala destinada a taberna. Una campanilla tintineó armoniosamente al mismo tiempo.

Había unos cuantos aldeanos bebiendo apaciblemente sendos jarros, de cerveza. Peters se acercó al mostrador.

—Buenos días, señor —saludó un hombre grueso y de rostro rubicundo—. ¿Puedo servirle en algo?

—Sí, por favor —contestó Peters—. Una jarra de cerveza y una información.

—Al momento, señor.

El posadero llenó la jarra y la puso sobre el mostrador. Casi —en el mismo instante, apareció una joven en la puerta que había detrás. Era muy rubia, de formas rotundas y vestía de un modo que recordaba el traje típico de la región. Sonreía provocativamente y mordisqueaba un lápiz. El escote era muy amplio y los senos parecían ir a desbordarse de un momento a otro.

Peters supuso que aquella joven debía de ser la hija del posadero. Apartó la vista de ella y la fijó en el alemán.

—Antes dijo algo de una información, señor —mencionó el posadero.

—En efecto. Busco el camino para Schalfterhall. Usted, sin duda, podrá indicármelo.

El posadero le dirigió una mirada llena de curiosidad.

—De modo que usted también se dirige a Schalfterhall —dijo.

—¿Cómo? —se sorprendió Peters.

—Es usted la cuarta persona que, en menos de dos días, me hace la misma pregunta. Sin duda va a Schalfterhall por el asunto del cofre del tesoro.

Peters se quedó mirando con fijeza al posadero.

—¿Quién se lo ha dicho, señor...?

—Urmidt, señor, así me llamo yo —contestó el posadero—. Y en cuanto a lo del cofre del tesoro... bueno, es una vieja leyenda que no goza de demasiado crédito en la aldea. Aunque, quién sabe, tal vez sea posible...

—Mi nombre es Peters, señor Urmidt —dijo el forastero—, y me gustaría que se explicase un poco mejor, sino tiene Inconveniente.

—¿Explicar? Prácticamente le he dicho todo lo que sé, lo mismo que le diría cualquier vecino de Kuhlach-am-Schalfter. Hay un cofre del tesoro en Schalfterhall, su contenido debe ser repartido entre siete herederos... y eso es todo, señor Peters. Por cierto, habla usted nuestro idioma magníficamente, sin acento alguno, no así los otros que vinieron antes que usted...

—Sí, señor Urmidt —cortó el joven secamente—. Pero todavía no me ha dicho usted por dónde se va a Schalfterhall.

—Bueno, salga usted de la aldea hacia el noroeste, siguiendo la calle Mayor, y a cuatro kilómetros encontrará una bifurcación de caminos. El de la izquierda pasa por debajo de la colina y luego contornea el lago, para unirse a veinte kilómetros con la autopista que conduce a Munich. Usted debe seguir él de la derecha, bordeando el lado Este de la colina. Un kilómetro más allá, encontrará Schalfterhall.

Peters echó una moneda de cincuenta pfennigs sobre el mostrador.

—Puede quedarse con la vuelta, señor Urmidt —dijo— Muchas gracias.

—Buena suerte —le despidió el posadero, con un acento que sonó irónico en los oídos del forastero.

Peters salió a la calle. Cuando iba a entrar de nuevo en el coche, oyó un siseo.

Volvió la cabeza. La rubia estaba en la esquina de la casa, a la entrada de un pequeño callejón.

—Por favor —llamó la joven.

Peters se acercó a ella.

—Señorita...

—Señora —corrigió ella—. Soy Klara Urmidt.

—¡Caramba! Hubiera asegurado que es usted su hija...
—No lo diga delante de Fritz —rió Klara—. Se enfurece.
—Sí, me lo supongo.
—Usted se dirige a Schalfterhall —dijo ella.
—En efecto, señora Urmidt.
—Tenga cuidado. Mucho cuidado —advirtió la joven.
—¿Cuidado, con qué? —preguntó Peters.
—Las trampas. Son mortales.

Klara ya no dijo más. Dio media vuelta y desapareció por una puertecita situada en el fondo del callejón.

Peters se quedó perplejo un instante. Luego regresó a su coche y dio el contacto.

En el momento de arrancar, miró hacia la derecha. Urmidt tenía la cara pegada a uno de los vidrios de la ventana situada frente a él. La expresión del posadero le pareció más que curiosa, amenazadora.

—¿Se habrá dado cuenta de que he estado hablando con su esposa? —se preguntó Peters.

Pronto salió de la aldea. Peters empezó a pensar en los extraños motivos que le llevaban a Schalfterhall.

Estaban en su bolsillo: una carta y una llave de oro, de artística factura y dimensiones más que regulares.

Había más de cincuenta gramos de oro en la llave, lo que, de por sí y sin considerar el trabajo del artista, la convertía en un objeto de auténtico valor.

La carta tenía un contenido singular:

«Apreciado señor Peters:

»Si le interesa recibir su parte de la herencia que le corresponde, por haberlo así dispuesto en el testamento el conde Ernest von Szabely, deberá hallarse en el lugar denominado Schalfterhall, situado a poca distancia de Kuhlach-am— Schalfter, en Baviera, antes del día 19 de abril de 1971. Con la presente carta, se le adjunta una llave, que le será requerida en el momento de la entrega de la herencia, contenida en determinado cofre, que los administradores del difunto conde presentarán a los herederos a las doce del mediodía de la citada fecha.

»Atentamente,

La firma era ilegible.

Peters había hecho peritar la llave. No había la menor duda; era de

oro puro, con una aleación de un cinco por ciento de cobre, para proporcionar dureza al conjunto. No tenía la menor idea de quién podía ser el conde von Szabely ni por qué había de ser él uno de sus herederos, pero el hecho de que le hubiesen enviado como prenda de reconocimiento un objeto que valía tres o cuatrocientas libras esterlinas, excluía la posibilidad de una broma.

Además, le gustaban las aventuras. Merecía la pena viajar hasta Schalfterhall. Y si le tocaba un buen pico en la herencia...

Peters se preguntó si el conde había sido algún remoto antepasado suyo. «Un conde alemán... con apellido húngaro. Extraño, muy extraño», pensó.

* * *

Schalfterhall apareció súbitamente, a la salida de una curva. Estaba en el centro de un pequeño lago, de forma muy alargada, que debía de tener unos trescientos metros de anchura por dos kilómetros de longitud. Schalfterhall se alzaba en el centro de un islote rocoso, situado a un centenar de metros de la orilla.

El islote era más bien el pico de una montaña sumergida, cuya cima se hallaba a veintitantos metros sobre el nivel de las aguas. Un puentecillo metálico, de pilastras hundidas en el lago, unía el islote con la orilla.

Cerca del islote había un gran cartel que anunciaba el nombre de la propiedad y daba la bienvenida al viajero. A Peters le pareció que el cartel había sido colocado allí pocos días antes.

En cuanto a la mansión, era casi de forma cúbica, construida con recios sillares de piedra. En el extremo oriental se alzaba una torre almenada, de sección cuadrada, que rebasaba en una docena de metros el tejado del edificio.

La casa tenía el vago aspecto de una antigua fortaleza, acondicionada a las necesidades de la vida moderna. Las pendientes del islote eran muy fuertes y no se observaban escaleras a primera vista.

Schalfterhall debió de pertenecer en tiempos a algún caballero de la Orden Teutónica. En el atardecer y, pese a la belleza del conjunto, resultaba un edificio sombrío y tétrico.

De pronto, Peters divisó dos grandes postes de metal, cilíndricos, situados a ambos lados del camino y a unos cincuenta metros del puente. Inmediatamente, vino a su memoria la advertencia de Klara Urmidt.

«Cuidado con las trampas. Algunas son mortales.»

Peters paró el coche a cuatro pasos de los postes y se apeó. En el de la derecha divisó un círculo brillante, que giraba a medida que se movía.

«Un objetivo de televisión. Alguien me está viendo desde el castillo», pensó.

¿Había alguna trampa entre los postes?

Peters buscó algo con la vista. Fuera del camino divisó una gruesa rama, que arrojó al aire, haciéndola pasar a metro y medio del suelo y entre los postes.

Una ametralladora repiqueteó súbitamente, con sonoro tableteo que quebró el silencio del ambiente. Sin pensárselo dos veces, Peters se lanzó de cabeza al suelo.

Capítulo II

—SI he de ganarme así la herencia, más vale que me vuelva a Londres —refunfuñó.

Levantó la cabeza. Algunos patos salvajes, asustados, graznaban a lo lejos.

En el castillo no se observaba el menor movimiento. Peters se incorporó y escrutó el camino con ojos inquietos.

Alguien rió a través de un invisible altavoz.

—La ametralladora no era sino sonido grabado en cinta magnetofónica, señor Peters — dijo la voz, masculina y de indudables matices burlones—. Sólo ha sido una prueba. Puede pasar tranquilamente.

—¿Quién es usted? —preguntó el forastero.

Pero nadie le contestó, a pesar de que repitió la pregunta un par de veces. Peters acabó por encogerse de hombros y volvió al coche.

Entró en el puente, sintiendo la desagradable sensación de sentirse espiado por varios invisibles objetivos de televisión. Cuando llegaba al final del puente, vio que se abría una gran puerta situada a ras del suelo y en el final del camino.

Era una puerta de dos hojas, enmascarada exteriormente de modo que pareciese formar parte de la estructura del islote. Al otro lado, Peters vio una gran cavidad, en la que había varios automóviles.

Bajo las bóvedas de la cueva, se divisaba un cuadrado de regulares dimensiones, con una indicación de prohibición de estacionamiento en aquel lugar. Peter dejó el «Austin» a un lado y entonces la voz dijo:

—Tome su equipaje y sitúese en el cuadrado delimitado por una raya amarilla.

Peters obedeció. Instantes después, el suelo se elevaba hacia el techo.

Era una plataforma ascensor, movida por émbolo hidráulico. Peters sintió una indefinible angustia cuando vio que el techo se le acercaba de tal modo que le pareció iba a quedar aplastado, pero, en el último instante, se abrió una compuerta horizontal sobre su cabeza y pasó a una sala de regulares dimensiones.

—Salga por la puerta al vestíbulo, suba al primer piso y busque la habitación señalada con el número siete. Es el mismo número de su llave. Se le servirá la cena en la habitación y le recomendamos no salga

de ella hasta nuevo aviso. Señor Peters, le deseamos una feliz estancia en Schalfterhall. ¡Buenas tardes!

El joven salió al vestíbulo, espacioso, adornado con viejos pero bien conservados tapices, armaduras y panoplias repletas de armas antiguas. En uno de los muros, gigantesco, campeaba el escudo de los von Szabely, en piedra labrada.

Era el mismo que tenía el membrete de la carta: dos espadas cruzadas sobre un hacha de doble filo, coronado el conjunto por un murciélago con las alas desplegadas.

—¿Murciélago o vampiro? —pensó, repentinamente desasosegado.

La escalera tenía una balaustrada de piedra, ricamente adornada con relieves de animales mitológicos, tallados a cincel. Una gran alfombra roja cubría la mayor parte de los peldaños y amortiguaba el ruido de las pisadas.

Aparentemente, no había servidumbre. Pero alguien le contemplaba desde alguna parte. Ello le hacía sentirse terriblemente incómodo.

Llegó a la habitación número siete y abrió la puerta. Era un gran dormitorio, en el que la pieza principal era una enorme cama con dosel rojo, sostenido por cuatro columnas de estilo salomónico.

Había una chimenea de piedra a un lado, adornada con el inevitable escudo de los von Szabely. Peters vio también un armario y un antiguo arcón, de tapa muy adornada con tallas de gran valor artístico. Un par de sillones y una mesa completaban el mobiliario.

A la derecha había una puertecita más pequeña. Peters la abrió y divisó un cuarto de baño, de construcción completamente moderna.

—Menos mal —suspiró.

Y luego abrió la maleta para cambiarse de ropa. Estaba anocheciendo ya y empezaba a sentir hambre.

* * *

Peters salió del baño y se detuvo en seco.

La mesa estaba puesta y servida la cena.

—Por lo menos, no me moriré de hambre —se dijo.

El mantel cubría las patas de la mesa por completo. Peters lo levantó y vio que la mesa estaba sostenida por un pie cilíndrico de metal. En el suelo se veían los contornos de un círculo, de las mismas dimensiones que la mesa.

Cenó con buen apetito, a pesar de todo. En ningún momento se le ocurrió mirar hacia un gran espejo que había sobre una consola, situada junto al armario ropero.

Detrás del espejo, estaba seguro, había otro objetivo de televisión.

Después de cenar, fumó un par de cigarrillos. Luego se acostó.

La llave de la luz estaba a la cabecera de la cama. Peters apretó el interruptor y la estancia quedó a oscuras.

Por la ventana entraba la luz de la luna en creciente.

Transcurrieron varias horas.

Una puerta se abrió en alguna parte del dormitorio. Dos personas, hombre y mujer, entraron silenciosamente.

—Está dormido —siseó ella.

El hombre asintió. Llevaba en las manos un paquete de una sustancia rojiza. La mujer se separó y buscó en la maleta.

—Aquí no está —dijo.

El hombre encendió una diminuta linterna eléctrica durante unos segundos, apagándola muy pronto.

—Aquí —musitó.

La llave número siete estaba sobre la mesilla de noche. El hombre alargó la mano y, apenas la había tocado, pegó un bote, a la vez que lanzaba una exclamación de sorpresa,

Peters se sentó inmediatamente en la cama.

—¡Eh! ¿Qué hacen ustedes aquí? —exclamó.

Pero la pareja huyó con rapidez, antes de que el huésped pudiera perseguirlos. Por otra parte, Peters no se esforzó demasiado en ello.

Sentado en la cama, sonrió, mientras, con pupilas habituadas a la oscuridad, contemplaba la llave, que refulgía sobre la mesilla de noche.

Para el que tenía que actuar subrepticamente, resultaba imposible ver el fino hilo metálico que unía la llave al interruptor de la luz. El hombre, al querer cogerla, había recibido una descarga eléctrica. Su salto y el grito consiguiente habían despertado a Peters.

—Yo también sé poner trampas —dijo.

Pero se había desvelado un tanto y, mientras le volvía el sueño, se levantó a fumar un cigarrillo.

La ventana de su dormitorio daba al puente. Había luz suficiente de la luna como para distinguir los objetos con bastante facilidad.

Un hombre salió de la base del islote, con una bicicleta en la mano. Montó en el vehículo y, pedaleando con fuerza, se perdió de vista en pocos segundos.

Peters no había podido verle el rostro, pero captó el cuerpo rechoncho del posadero.

—¿A qué diablos habrá venido Urmidt aquí? —sé preguntó.

* * *

Encontró el desayuno servido por la mañana. Apenas había terminado

de tomarlo, sonó la voz:

—Puede salir y pasearse por la planta baja. Si desea leer, encontrará una bien surtida biblioteca. Por la biblioteca se puede salir fuera de la casa, si le agrada pasear al aire libre. Se le recomienda cuidado; el terreno es bastante accidentado.

Peters decidió que debía aprovechar la ocasión. Abandonó el dormitorio y bajó al vestíbulo.

En la biblioteca había una mujer, joven y bastante bonita.

—Hola —saludó Peters.

Ella se volvió en el acto.

—¿Qué tal? —dijo, con atractiva sonrisa.

—Soy Danny Peters, número siete.

—Ilse Kurtn, número uno —contestó la chica.

Peters alargó su mano.

—Encantado, señorita Kurtn.

—Es un placer, Danny. Por favor, dejemos los tratamientos a un lado —sugirió Ilse.

—No se hable más. ¿Ha llegado esta mañana, Ilse?

—Ayer, hace ya veinticuatro horas.

—De modo que heredera del conde von Szabely.

—Eso parece, Danny.

—¿Parienta del conde?

—Yo no, ¿y usted?

—Verá, Ilse. Mi madre era alemana, pero nunca le oí hablar de los von Szabely. Si no me equivoco, es un apellido oriundo de Hungría.

—En efecto —confirmó la joven—. Pero no me explico por qué me designaron coheredera del conde, con seis personas más.

—¿Ha conocido a algún otro?

—No. Sé que han llegado ya tres al castillo, aparte de usted—, pero no les he visto todavía.

—Ilse, todo esto es muy extraño —dijo Peters—. Por supuesto, parece cierta la existencia de un cofre, que sólo se puede abrir con las siete llaves de otros tantos herederos. Pero, ¿qué hay en el cofre?

Ilse sonrió.

—Hoy es dieciocho —respondió—. Tendremos que esperar al mediodía de mañana para conocer el misterio de ese cofre.

—Sí —concordó Peters—. Menos mal que la apertura se hará a las doce del mediodía. Si fuese a media noche, uno podría pensar en una película de terror.

—No creo que aquí haya motivos de terror. Sólo se trata del testamento de un tipo chiflado, Danny.

—Quizá, pero... Ilse, ¿ha notado usted algo raro esta noche? —

preguntó él.

—No. He dormido de un tirón. ¿Por qué lo dice?

—¿Tiene la llave a mano?

—Desde luego.

El vestido de Ilse tenía dos amplios bolsillos, de parche. Ella sacó la llave y la sostuvo en alto unos segundos.

—Permítame —pidió el joven.

Peters examinó la llave con todo detenimiento. De pronto, rascó con la uña del meñique en un punto determinado.

—Ya me lo temía —dijo.

—¿Cómo? —se sorprendió ella.

—Ilse, aprovechando su sueño, alguien ha entrado en su dormitorio por la noche y ha tomado un molde de cera.

Capítulo III

ILSE se sentía estupefacta.

—Pero yo no he notado nada en absoluto —alegó.

Peters enseñó la motita roja prendida en la uña del meñique.

—Cera de moldear, lo mismo que el tipo que se introdujo en mi dormitorio llevaba en las manos —explicó.

—¿También tomaron un molde de su llave? —preguntó ella, muy intrigada.

—No. —Peters sonrió ampliamente—. En la aldea me hablaron de trampas. Precavido, decidí preparar la mía y conecté la llave a un hilo eléctrico. El hombre se llevó una buena descarga, pero consiguió escapar, en unión de una mujer que le acompañaba.

—¿Los conocía usted?

—No conozco a nadie en Schalfterhall y ello por dos razones: porque no he visto a nadie, salvo a usted, y porque es la primera vez que estoy aquí.

—Me siento preocupada —declaró Ilse—. ¿Por qué habrán tomado un molde de mi llave?

—Muy sencillo: tienen el cofre y desean abrirlo. Seguro que habrán tomado moldes de las llaves de los huéspedes llegados hasta ahora y que harán lo mismo con las de los dos que faltan por llegar. Naturalmente, de un modo u otro intentarán hacer lo mismo con mi llave.

—Usted procurará evitarlo, ¿no es así?

—Figúrese —sonrió Peters.

—Una cosa me extraña: si ellos, quienesquiera que sean, tienen el cofre, ¿por qué no lo fuerzan?

—Puede que resulte muy difícil, puede que externamente sea de gran valor... El caso es que debe de existir alguna razón muy poderosa para abrirlo con las llaves.

—Sí —convino Ilse—. Es curioso, yo tampoco he visto a nadie durante mi estancia en Schalfterhall, aunque sí he oído voces dándome instrucciones en uno u otro sentido.

—Y la han estado vigilando visualmente también.

—¿Cómo? —se asombró la muchacha.

Peters paseó la vista por todas partes. De pronto, vio un gran rosetón de madera tallada en el punto de unión de dos grandes estanterías

repletas de libros.

—Usted tiene su coche en la cueva, ¿no es así? —dijo al cabo de unos segundos.

—En efecto, pero...

—Y le han servido las comidas en su propio cuarto.

—Sí.

—Bueno, en alguna parte hay servidumbre que se ocupa de los huéspedes —dijo con acento intrascendente—. ¿Qué le parece si damos un paseo por el exterior, Ilse?

Ella accedió, aunque bastante intrigada por la actitud del joven. Peters abrió la puertecita del lado opuesto y los dos cruzaron el umbral.

—Había una cámara de televisión en la biblioteca —dijo en voz baja—. Es muy probable que haya también micrófonos.

Ilse se sobresaltó.

—Pórtese con naturalidad —aconsejó él—. Procure no dar a entender que sabemos que nos están vigilando.

—Cada vez estoy más confusa —declaró Ilse—. Y mi confusión empieza desde el momento en que conocí ser uno de los herederos del conde von Szabely.

—¿No era usted parienta del testador?

—En mi vida había oído ese hombre hasta que recibí la carta de su abogado.

—Lo mismo me sucede a mí. ¿Qué le parece el paisaje, Ilse?

—Muy atractivo..., pero me gustaría estar ya fuera de Schalfterhall.

—Todavía quedan veinticuatro horas —le recordó Peters.

De pronto, vieron un gran catalejo, como los instalados en los parques públicos y que funcionan durante determinado tiempo a base de monedas.

Ilse se acercó al catalejo, en el que había una indicación: «10 pfennigs». De pronto, se volvió hacia el joven.

—¿Tiene usted una moneda? Yo no llevo dinero encima...

Peters hurgó en sus bolsillos y sacó una moneda de diez céntimos de marco. Ilse la introdujo en la ranura y luego se dispuso a apretar el botón que haría funcionar el aparato.

—¡Aguarde! —exclamó él.

Ilse se volvió para mirarle, muy sorprendida.

—¿Qué sucede, Danny?

—Espere —insistió Peters—. Apártese a un lado.

Ella obedeció maquinalmente. Peters se situó junto al catalejo, en posición perpendicular.

Apretó el botón. Inmediatamente, se oyó un fuerte estampido y brotó un chorrillo de humo azulado por el ocular del aparato óptico.

En la pared de la casa se oyó un golpe seco. Peters volvió la cabeza y divisó el impacto del proyectil a veinte pasos de distancia.

Ilse había palidecido terriblemente.

—Era... una trampa... —dijo, ahogándose.

Peters puso la mano sobre el anteojo.

—Una trampa mortal —corroboró—. Un arma de fuego escondida en el catalejo y cuyo gatillo se dispara al oprimir el botón que permite la visualidad.

Examinó el ocular. El cristal había desaparecido.

—Si es que estuvo aquí alguna vez —murmuró.

—Danny, ¿vamos a tener que permanecer aquí veinticuatro horas, sorteando trampas mortales a cada momento?

—Parece que sí, Ilse —contestó él.

—Una pregunta, Danny. ¿Quién le advirtió lo de las trampas mortales?

—Klara Urmidt, la esposa del posadero, a quien, por cierto, vi esta madrugada salir de Schalftherhall, montado en una bicicleta. Me refiero a él, por supuesto.

—Es decir, que nos han congregado aquí a los siete herederos del conde Szabely para matarnos y quedarse, quienquiera que sea, con la herencia.

—Parece muy probable, Ilse.

La joven dio de pronto media vuelta y se dirigió hacia la casa.

—¿Adónde va usted? —preguntó Peters.

—Me marcho —respondió Ilse—. La herencia podrá ser muy interesante, pero más lo es mi vida, Danny.

—Sí, desde luego, aunque, ¿podrá llegar usted al garaje?

Ilse se paró en seco.

—Tenga calma —aconsejó él—. Habrá más trampas, posiblemente, pero no vamos a estar tropezando con una de ellas a cada paso. Espere.

—¿A qué, Danny?

Peters no pudo contestar. El motor de un automóvil se oyó débilmente a lo lejos.

Un coche surgió a la vista de los dos jóvenes, saliendo de la curva que enfilaba el puente. Cuando estaba a unos cincuenta pasos del puente, Danny Peters dijo:

—Menudo susto se va a llevar ahora con la falsa ametralladora, Ilse.

La ametralladora tableteó apenas había acabado de hablar. Pero esta vez no era una grabación.

Peters e Ilse vieron claramente los impactos sobre el motor y el parabrisas del coche, que empezó a dar bandazos en el acto. El vehículo venía a buena velocidad y, desviándose en un ángulo muy pronunciado,

esquivó la entrada del puente y saltó a las aguas del lago, bajo las cuales desapareció a los pocos segundos.

* * *

Las últimas burbujas reventaron casi silenciosamente en la superficie. Con gran vehemencia, Ilse, saliendo de la morbosa estupefacción en que había permanecido durante unos momentos, quiso correr hacia el puente.

Peters la agarró por el brazo.

—Quieta —dijo.

Ilse se volvió, casi con rabia.

—Hay personas a bordo de ese coche, tal vez heridas...

Peters hizo un signo negativo.

—El que estaba en el coche, y no creo que fuese más que uno solo, ha muerto ya. Recibió la descarga en el pecho y la cabeza, más de treinta balas, Ilse —aseguró.

—Entonces, ¿no vamos a hacer nada por él?

—Lo que hagamos, será por nosotros mismos, Ilse.

—Pero en cuanto haya sido leído el testamento, me iré —afirmó la muchacha.

—Claro, ¿qué vamos a hacer aquí después de la lectura? —sonrió él—. ¿Por qué no entramos en la casa, a ver si encontramos un sitio donde se pueda tomar una copa?

Ilse aceptó la sugerencia. Volvieron a la biblioteca y, al cruzar la puerta, vieron a un hombre hojeando un libro.

El individuo se volvió al oír el ruido de la puerta. Era un sujeto de unos cincuenta años, todavía fornido, de pelo rubio, con algunas canas, y de ojos muy claros.

—¿Cómo están? —saludó, con la sonrisa en los labios—. Me llamo Víctor Stolov y supongo que ustedes serán dos de los herederos del conde.

—Así es, señor Stolov. Yo me llamo Danny Peters. Ella es la señorita Ilse Kurtn.

—¿Cómo está? —dijo la muchacha.

—Un poco aburrido —declaró Stolov, en cuya voz se notaba un inconfundible acento ruso—. La hospitalidad es muy buena, pero los anfitriones brillan por su ausencia.

—Señor Stolov, ¿puedo preguntarle cuál es el número de su llave? —dijo Peters.

—No hay inconveniente. Yo tengo el número dos.

—Y no conocía al conde Szabely.

—Nunca le vi, aunque desde ahora bendigo su memoria, sobre todo si la herencia es sustanciosa.

—¿Vive usted en Rusia, señor Stolov? —preguntó Ilse.

—Oh, no, hace muchos años que falta de aquel país. Aproveché la guerra, ¿comprende, señorita? —contestó el ruso—. Tengo negocios en Colonia. Me costó mucho subir, pero no puedo quejarme.

—Le felicito —dijo Peters—. Tengo entendido que hay dos huéspedes más. ¿Los ha visto usted?

—Hasta ahora, no. Supongo que deben de continuar en sus habitaciones.

—Tampoco ha visto a nadie de la servidumbre, si es que hay.

—Exacto, señor Peters.

—Y, ¿qué nos dice de la ametralladora que ha funcionado hace algunos minutos?

La pregunta era de Ilse. El ruso sostuvo la penetrante mirada de la muchacha.

—¿Qué ametralladora? —preguntó.

—No se preocupe, señor Stolov; la señorita Kurtn tiene ganas de broma. ¿Vámonos, Ilse?

—Sí, Danny. Encantada, señor Stolov.

—Ha sido un placer, señorita; señor... —dijo el ruso.

Los dos jóvenes salieron de la biblioteca.

—Pero ¿cómo ha podido negar ese hombre haber oído la ametralladora? —exclamó Ilse, casi furiosa—. Ha hecho un ruido tremendo...

—Ilse, tengo la sensación de que Stolov no es un tonto. Estoy seguro de que se ha dado cuenta de que había un objetivo de televisión y micrófonos, ¿comprende?

—Entonces..., ha querido engañar a los que nos espían.

—Así es —confirmó Peters.

Capítulo IV

EL almuerzo subió puntualmente a las doce y media. Peters estaba en el baño y se encontró la mesa servida al salir.

Sonrió, mientras evitaba mirar al gran espejo. Tenía que buscar el medio de inutilizar el objetivo que espiaba cuidadosamente cada uno de sus movimientos.

Almorzó con gran tranquilidad, mesuradamente. Al terminar, entró en el baño para lavarse las manos.

Cuando salió, la mesa había desaparecido de nuevo. Se dirigió al armario ropero, abrió la maleta y sacó de la misma un cuaderno de papel y un lápiz de bola.

Para escribir, lo hizo de pie, en la consola. En realidad, sólo escribía palabras y frases sin sentido. Arrancó una hoja, la estudió cuidadosamente y luego la dejó a un lado, con un encogimiento de hombros, como si no le agradase lo escrito.

Volvió al cuarto de baño, en el que permaneció cosa de diez minutos. Al salir, la hoja había desaparecido.

Una sonrisa se dibujó en sus labios. Se imaginó la perplejidad de quienes estuviesen leyendo la cuartilla en aquellos momentos. Pero todavía quería conseguir más cosas.

Abandonó la habitación y recorrió el pasillo. Todas las habitaciones numeradas estaban en una misma ala del edificio. Al otro lado había tres puertas, que comprobó estaban cerradas con llave.

Discretamente, llamó a la puerta número uno. Ilse abrió segundos después.

—¿Ocurre algo, Danny? —preguntó.

—¿Puedo echar un vistazo a su cuarto? —solicitó él.

—Claro. Entre.

Peters cruzó el umbral.

—Idéntico al mío —dijo, momentos más tarde—. El dormitorio tiene la misma disposición y los mismos muebles. Cuando se cambie de ropa, sitúese lejos del espejo o, mejor dicho, en la misma pared, pero a uno de los lados —recomendó.

—¿Por qué lo dice? —preguntó ella, asombrada.

—Es un espejo transparente por una de sus caras. Al otro lado, hay una cámara de televisión.

Ilse se sonrojó vivamente.

—Me he cambiado ya media docena de veces —declaró.

—Para lo sucesivo, hágalo en el cuarto de baño.

Peters dio media vuelta y se dirigió hacia la puerta.

—¿Adónde va usted? —preguntó Ilse.

—A mi cuarto. Seguramente, no tardarán en darnos instrucciones —contestó el joven.

En el pasillo, se encontró con otro de los huéspedes. Era un hombre bajo, rechoncho, de poco más de cincuenta años, nariz colorada y sin apenas pelo en el cráneo.

—¿Número? —dijo el hombre.

—Siete. Danny Peters.

—Número cuatro, Jean Kevic —sonrió el regordete—. Esperando la herencia, ¿no?

—¿Y usted?

Kevic le guiñó un ojo.

—Aunque no fuese más que por la llave, merecería la pena venir a Schalfterhall —contestó—. *Au revoir, mon ami* —se despidió.

—*Au revoir* —repitió Peters.

Entró en su habitación de nuevo. La hoja estaba otra vez junto al cuaderno de papel.

Disimuladamente, Peters lanzó una mirada hacia el armario. Era grande, de casi un metro de profundidad y dos de altura, tallada su superficie exterior con figuras mitológicas, flores, hojas y racimos de uva. En la puerta central se veía el escudo de la familia Szabely.

Se tendió en la cama. Estuvo así una hora, sin que ocurriese nada de particular. De cuando en cuando, fumaba un cigarrillo.

Súbitamente, se oyó la voz misteriosa:

—La cena será a las siete y media, en el comedor de la planta baja. Sírvese asistir a ella, por favor.

* * *

A las seis y media se hizo de noche.

Peters se levantó de la cama y buscó su maleta. Sacó una camisa limpia y se situó frente al espejo. Se quitó la que llevaba puesta y luego, con aparente negligencia, la lanzó hacia el remate dorado de la cornucopia que era el marco. La camisa quedó así colgada, ocultando la mayor parte del cristal.

Inmediatamente, y en camiseta, se dirigió al armario. Abrió la puerta central y, con ayuda de su linterna, exploró el fondo del mueble.

No tardó en divisar una estrecha ranura vertical. Hizo presión con las

manos y aquel panel giró silenciosamente a un lado.

Enfocó la linterna. Había un negro hueco al otro lado. Una escalera de varios peldaños descendía hacia un pasadizo cuyo final era imposible de ver.

Paso a paso, Peters descendió la escalera. Recorrió varios metros, divisando otras escaleras análogas. De pronto, vio una a la izquierda y empezó a subir.

Una plancha de madera le cerró el paso. Apoyó la mano en varios puntos, hasta que la hizo girar. Al otro lado, había una habitación brillantemente iluminada.

En la pared frontera se veían una veintena de monitores de televisión. Cada uno de ellos, pensó, correspondía a una cámara oculta.

La habitación estaba desierta en aquellos instantes. De pronto, Peters oyó pasos cercanos.

Buscó con la vista un lugar donde esconderse. A su derecha tenía un gran armario— librería. Pasó al otro lado y esperó.

Dos personas entraron en aquel momento, hombre y mujer. Ella era joven, unos treinta años, de pelo rubio y formas opulentas. El hombre tenía un par de años menos y era muy alto y robusto.

El hombre se acercó a la batería de monitores.

—Sigue el obstáculo en el número siete —dijo—. Tendré que ir a quitarlo.

—Aguarda a que estén en el comedor —indicó la mujer.

—Es un tipo muy listo. Se ha dado cuenta de que le espiamos por el espejo.

—Peters perteneció un tiempo al Intelligence Service. Ahí no admiten tontos, Hans.

—Me pregunto por qué lo dejaría, Lotte.

—Como abogado, gana mucho más. Una buena explicación, ¿no?

—En efecto. —Hans consultó su reloj—. Bien, aguardaremos a que den las siete y media.

Peters se dijo que tendría que esperar allí la hora de la cena. Sería comprometido, calculó.

—¿Has ido a recargar la ametralladora, Hans? —preguntó Lotte de pronto.

—No, iré a la noche. Mira, Ilse entra en el cuarto de baño con la ropa en la mano.

—Va a cambiarse de ropa, Hans.

—Bueno, pero siempre lo hizo en el dormitorio...

—Ha estado hablando con Peters. Seguro que le aconsejó que no lo hiciera en la habitación.

—Peters es endiabladamente listo. Aún me acuerdo del susto que me

llevé al intentar cogerle la llave. ¿Cómo haríamos para tomarle el molde?

—Hay una solución, Hans.

—¿Narcótico?

—Sí.

—¿Cómo, Lotte?

—La botella de agua de su mesilla de noche.

—Lo haré cuando vaya a quitar la camisa —prometió el hombre.

Pasaron algunos minutos. Hans volvió a consultar su reloj.

—Bueno, creo que ya puedo ir al cuarto de Peters —dijo—. ¿Te quedas, Lotte?

—No. Vigilaré la cena desde el observatorio de la chimenea —respondió la joven—. Por cierto, ¿hay noticias de Urmidt?

—Todavía no. Hasta luego, Lotte.

Hans salió de la estancia. Lotte le siguió, pero por la otra puerta, momentos más tarde. Peters aguardó todavía unos minutos. Luego salió al pasillo por la puerta que había utilizado Lotte, dándose cuenta de que era una de las que quedaban frente al ala de los huéspedes. Corrió a su cuarto, se vistió rápidamente en un sitio donde no podía ser visto y bajó al comedor.

Ilse estaba ya allí, con tres hombres. Uno de ellos resultó desconocido para Peters. Era un sujeto más que, cincuentón, alto, aunque ya con los hombros encorvados y de pelo cortado a cepillo.

—Número cinco, Charlie McNabb —se presentó.

—Danny Peters, número siete —sonrió el joven—. ¿Qué tal?

—Esperando la herencia, amigo, como todos —contestó McNabb.

Los ojos de Peters fueron hacia la gran chimenea que se hallaba en el centro de una de las paredes laterales del comedor. Sobre la repisa, se veía de nuevo el escudo de los Szabely.

El murciélago heráldico era muy grande. Peters se fijó en sus ojos.

«Detrás de ellos, están los de Lotte», pensó.

—Yo no tengo la menor idea de por qué me nombraron heredero del conde —decía Kevic en aquel momento—. ¿Y usted, señorita?

—Tampoco —contestó Ilse.

—Creo que todos estamos igual, caballeros —habló Stolov.

—Faltan dos —observó McNabb.

—Uno de ellos está en el fondo del lago —dijo Peters.

Hubo un momento de silencio. McNabb tenía en las manos una copa con el aperitivo.

—Mala suerte para él, en todo caso —contestó indiferentemente.

—¿Cómo? —se asombró Ilse—. ¿No le preocupa la muerte de una persona?

McNabb suspiró.

—Señorita, a lo largo de mi ya dilatada existencia, he visto tantas muertes, que una más no me causa el menor asombro —respondió.

—Y ustedes dos, ¿qué dicen? —preguntó Ilse, dirigiéndose a Stolov y Kevic.

El ruso se encogió de hombros.

—*Nitchevó!* —contestó en su idioma natal.

—Que significa, «no importa» —tradujo el francés amablemente.

Ilse volvió los ojos hacia Peters. El joven sonrió.

—Si ellos lo dicen... —murmuró.

Una mujer entró en aquel momento con una humeante sopera en las manos.

—Señorita, señores —dijo, como invitándoles a ocupar sus puestos.

—¡Vaya, al fin vemos a una sirvienta! —exclamó Kevic jovialmente—. ¿Cómo se llama usted, señora?

—Adela, señor —contestó la mujer, imperturbable— Si quieren algo de mí, no tienen más que tirar de la campanilla que hay junto a la chimenea.

Adela salió y los cinco huéspedes quedaron solos. Peters ayudó a sentarse a la muchacha y él lo hizo frente a la chimenea. En los huecos de los ojos del murciélago había dos pupilas femeninas, pero él las ignoró deliberadamente.

Capítulo V

—TENDRÍAMOS que preguntar a Adela...

Peters hizo un gesto negativo, mientras calentaba con ambas manos una copa de coñac. Después de cenar, habían hecho un aparte, en tanto que los otros tres charlaban en sendos sillones, en el ángulo opuesto del comedor.

—Es inútil. No le diría nada. Seguro que obedece las órdenes de Hans y de Lotte —rechazó la sugerencia.

—¿Hans y Lotte? —repitió ella, asombrada—. ¿Quiénes son?

—No levante tanto la voz. Puede que aquí no haya objetivos de televisión, pero sí micrófonos.

—Pero usted ha citado dos nombres...

—Los de las dos personas que nos vigilan. Comentaron que usted ya se cambia de ropa en el baño.

Ilse se sentía tremendamente perpleja.

—No entiendo nada...

—Ya se lo explicaré en otro momento —atajó él—. Ahora quiero que se fije en un detalle, Ilse.

—Dígame, Danny.

—Los otros coherederos. Repare en ellos. Ninguno tiene menos de cincuenta años.

—¿Qué quiere decir eso? Una coincidencia, ¿no?

—Tal vez, pero me extraña. Usted y yo somos los jóvenes del grupo.

—Faltan dos aún...

—Uno está en el lago. El otro no ha llegado todavía, aunque apostaría a que tiene también más de cincuenta años.

—Suponiendo que sea así, ¿qué significa eso?

Peters tomó un sorbo de coñac.

—No lo sé, pero ya lo averiguaré —respondió—. ¿Sabe que he estado en el cuarto de vigilancia?

Ilse abrió mucho los ojos.

—¿Cuarto de vigilancia, Danny?

—Sí, donde están los monitores de televisión con que vigilan todos nuestros pasos. Allí es donde vi a Hans y Lotte, aunque, por fortuna, ellos no me vieron a mí.

Peters relató su aventura de la tarde. Ilse le escuchaba con infinita atención.

—Pero ¿qué pretenden esos dos? —preguntó, cuando el joven hubo concluido su relato.

—Las siete llaves, Ilse.

Ella guardó silencio un momento.

—¿No sería mejor dárselas y acabar de una vez? —sugirió.

—Recuerde —sonrió el joven—. Tiene que estar presente mañana, a mediodía, en la lectura del testamento.

—Si eso me va a costar la vida...

—Cuando vuelva a su cuarto, vacíe la jarra de agua de su mesilla de noche y ponga nueva del baño. Hágalo a oscuras, después de que simule que ya se ha acostado.

—¿Por qué dice eso, Danny?

—Es probable que tenga un narcótico. En mi caso, será seguro.

Ilse se mordió los labios.

—¿Y no sería mejor... echar todo a rodar y hacer comparecer a esa pareja? —exclamó.

—No, porque vamos a jugarles su propio juego y de este modo les ganaremos la partida —contestó Peters un tanto ambiguamente.

* * *

Poco después de las diez, Peters llegó a su cuarto y se puso el pijama. Se metió en la cama y apagó la luz.

Inmediatamente, se levantó y se puso los zapatos de nuevo. Corrió hacia la ventana y tanteó los cordones de las cortinas.

Eran resistentes. Con la ayuda de un cortaplumas, los cortó y, empalmándolos, obtuvo una cuerda de varios metros de longitud, uno de cuyos extremos ató a la columna de la cama más próxima al hueco.

El extremo de la soga improvisada quedaba así a dos metros y medio del suelo, pero no era un obstáculo insalvable. Peters tocó tierra minutos más tarde y, buscando los lugares más recónditos, descendió la pendiente hasta llegar a la orilla del agua.

Silenciosamente, sin apenas alterar la tersa superficie del lago, se metió en el agua y empezó a nadar junto al puente. Minutos más tarde, llegaba a la otra orilla.

Recordaba perfectamente el lugar donde se habían oído los estampidos de la ametralladora. Rastreando el terreno cuidadosamente, buscó entre los arbustos, hasta encontrar el arma.

En su caso, había sido una grabación. ¿Por qué había funcionado efectivamente una ametralladora contra el huésped que llegaba por la

mañana?

El arma era un tanto anticuada y tenía el clásico tapallamas sobre la boca de fuego, en forma de embudo. Peters lo llenó de tierra húmeda, que atacó luego bien con los pulgares. Al terminar la operación, se retiró sin hacer el menor ruido, situándose en las inmediaciones del lugar donde el coche se había precipitado a las aguas.

Esperó un rato. Poco después, vio llegar a un hombre.

Era Hans, envuelto en una bata de baño. Hans se dirigió a la ametralladora y manipuló en ella.

«La está recargando», pensó Peters.

A los pocos minutos, Hans abandonó el lugar y se dirigió a la orilla del lago. Se quitó la bata de baño y, sin pérdida de tiempo, se tiró de cabeza al agua.

Buceó dos o tres veces. Finalmente, salió del lago, llevando en la mano un objeto que brillaba inequívocamente.

Hans dejó la llave en el suelo y trató de coger la bata. En el mismo instante, el canto de una mano le golpeó en la nuca.

La llave pasó a poder de Peters. El británico sonrió.

Silenciosamente, regresó a la casa por el mismo procedimiento.

«Va a ser divertido —se dijo—. Una especie de juego de escondite, que volverá locos a quienes lo iniciaron.»

* * *

Peters oteó el interior del cuarto de vigilancia.

Estaba vacío. Lotte, calculó, debía de estar en otra parte. En cuanto a Hans, tenía sueño para un buen rato todavía.

De pronto, vio algo encima de una mesa. Era una hoja de papel, que no estaba por la tarde.

Lleno de curiosidad, se acercó a la mesa. Había una lista de nombres escrita en la hoja:

Ilse Kurtn, n.º 1

Víctor Stolov, n.º 2

(*Iván Zoloviev*)

Frantisek Hriva, n.º 3

(*Lalla Dnek*)

Jean Kevic, n.º 4

(*Marie-France Lioussy*)

Charlie McNabb, n.º 5

(*Sylvia Forrest*)

Algy Orpington, n.º 6

(*Tom Chariton*)

Danny Peters, n.º 7

Al joven le extrañó, más que la lista en sí, que parecía ser la de los herederos, los nombres escritos entre paréntesis debajo de cada uno de los que estaban señalados con una cifra. Era algo importante, calculó.

Buscó papel y lápiz, que encontró a los pocos momentos, y copió la lista meticulosamente. Dobló la cuartilla, la guardó en un bolsillo y se retiró a su escondite.

Aguardó unos minutos. Hans entró poco después frotándose la nuca, seguido de la rubia.

—No sé quién diablos me atacó —dijo malhumoradamente—. Debía de estar escondido por alguna parte y esperó a que saliese del agua con la llave.

—¿Te la ha quitado? —preguntó Lotte ansiosamente.

—Lo lamento, pero así ha sido.

Hans buscó una botella en un armario, mientras ella permanecía quieta en el centro de la estancia, con aire preocupado. Se mordía los labios y su pie derecho golpeaba el suelo suave y rítmicamente.

—Es decir, ahora tiene la llave número tres —dijo al cabo de unos momentos.

—Sí, Lotte.

—¿Crees que ha sido Peters?

Hans se encogió de hombros.

—¡Qué sé yo! —respondió—. Peters es hombre listo, desde luego, pero los otros, no sólo no le andan a la zaga, sino que le llevan, por lo menos, un cuarto de siglo de experiencia. ¿Comprendes?

—Sí —dijo la rubia—, te entiendo perfectamente. Esconderse entre unos arbustos y golpear con el canto de la mano no es privativo únicamente de los hombres de treinta años.

—Exacto. Eso es algo que puede hacerlo también con toda facilidad un hombre de cincuenta o sesenta años, máxime cuando en tiempos se entrenó para ello.

—¿Te parece bien que vayamos a sus cuartos y los registremos? —sugirió Lotte.

—No. El que haya sido, está ahora alerta y no se dejará arrebatar la llave con facilidad. Lo mejor será esperar; si quiere su parte de la herencia, tendrá que enseñar la llave en el momento de abrir el cofre.

—Cosa que, por ahora, veo más difícil que nunca —suspiró la joven—. Hans, ¿cómo llegó al otro lado del puente?

—Es de noche...

—Si fue por el puente, tuvo que desarmar la trampa de prohibición de salida.

—No, porque lo hice yo. Seguramente, atravesó el lago a nado.

—Es muy probable —admitió ella—. ¿Y salir de su habitación? Está a cinco metros del suelo...

—Usa la cabeza, guapa —masculló Hans, irritado—. Se descolgó con alguna cuerda.

—Tienes razón. De modo que debemos esperar, Hans.

El hombre hizo un gesto de indiferencia.

—¿Podemos hacer otra cosa? —respondió.

Se dirigió hacia la puerta y añadió:

—Voy a descansar un rato. Y creo que a ti también te convendría hacer lo mismo —aconsejó.

—Sí, Hans —concordó Lotte.

Capítulo VI

LOS resultados de su espionaje podían calificarse de muy satisfactorios, porque ello le había permitido enterarse de algunas cosas muy interesantes, se dijo Peters, cuando la pareja hubo abandonado la sala de vigilancia.

Había podido escuchar ciertas frases relativas a los otros huéspedes, que habían aclarado un tanto sus antecedentes, aunque no los motivos por los cuales habían sido nombrados de herederos del conde von Szabely. Otra cosa que le satisfacía mucho era que no estaban seguros de que él fuese el poseedor de la llave número tres.

Había correspondido a Frantisek Hriva, nombre de indudable origen checoslovaco. Pero ¿quién era Lalla Dnek, la persona a la cual correspondía el nombre escrito entre paréntesis y situado, sin numeración, a renglón seguido del de Hriva?

Y otra cosa que le extrañaba era la dificultad que Lotte había mencionado acerca de la apertura del cofre. Cuando estuviesen las siete llaves, ¿por qué no iba a poder abrirse el cofre?

Sigilosamente, regresó a su estancia, aunque no encendió la luz. Sacó uno de los cajones de la consola y lo situó en el interior del armario ropero, atravesado en el fondo, de tal modo que bloqueaba la entrada por aquella parte.

La puerta tenía llave interior y dio dos vueltas, quitándola luego por precaución. Pero podía haber una llave maestra y situó un sillón inclinado en la puerta, de modo que aquel acceso quedaba también prohibido.

Ya se había cambiado de ropa a su llegada y de nuevo volvió a utilizar la cuerda. Momentos después, estaba en las inmediaciones del puente.

Acucillado, reconoció con la vista las inmediaciones. Había una trampa que debía ser desmontada antes de atravesar el lugar. ¿Cómo alcanzar la entrada?

Había una solución: tendiéndose en el suelo, empezó a reptar. Llegó al puente sin ningún inconveniente y lo atravesó. Al llegar a la salida, se ladeó a la izquierda y dio un gran rodeo para evitar las trampas de la ametralladora y de los postes metálicos situados a ambos lados del camino.

La ruta hacia Kuhlach-am-Schalfter quedaba así abierta.

* * *

Tres cuartos de hora más tarde, Peters avistó las luces de las calles de la aldea. Estaba ya a unos quinientos metros y, de repente, vio una silueta de forma un tanto extraña.

Se apartó a un lado. Urmidt pasó a los pocos momentos, pedaleando en su bicicleta. Resoplaba como una ballena.

Peters dejó que el posadero se alejase.

—La ocasión se presenta que ni pintada —murmuró.

Diez minutos más tarde, llegaba a la posada. La puerta principal estaba cerrada con llave.

Peters se metió en el callejón y buscó la otra puertecita. Tanteó el picaporte. Casi gritó de alegría al ver que podía entrar por aquel hueco.

Momentos después, se detuvo ante una puerta. Abrió cuidadosamente y enfocó el haz de rayos de su linterna hacia la cama.

—He tenido suerte —murmuró.

Y encendió la luz.

Klara Urmidt se agitó en sueños.

—¿Fritz? —dijo.

—No, Danny Peters.

Ella lanzó un gritito y se sentó de golpe en la cama.

—¡El inglés! —exclamó.

—Yo mismo —sonrió Peters—. Señora, tendrá que perdonarme la irrupción en su dormitorio...

Klara sonrió.

—Hay cosas que no se pueden perdonar jamás, porque se agradecen muchísimo —contestó sorprendentemente—. ¿Quiere creer que casi estaba esperándole?

—No me diga —exclamó él, atónito.

—Era un presentimiento —rió Klara, a la vez que apartaba a un lado las ropas de la cama. Puso los pies en el suelo primero y luego en unas zapatillas y, cubierta solamente con un camisón corto, de tejido no demasiado espeso, avanzó hacia el huésped—. Fritz está en Schalfterhall —dijo.

—Lo sé.

—Entonces, bienvenido, Danny. ¿Quieres una copa?

Peters estaba sorprendido de la inusitada actitud de la joven, pero procuró seguirle la corriente.

—Muy bien, Klara —accedió.

Ella llenó dos copas y le entregó una.

—¡Por el tesoro del viejo conde! —brindó.

—Klara, ¿de veras hay un tesoro en el cofre? —preguntó él.

—Al menos, eso es lo que se ha dicho siempre en la aldea, aunque también debes saber que nadie ha visto ese cofre. Es decir, no ha sido visto desde hace unos treinta o treinta y cinco años.

Peters dejó la copa a un lado.

—En cambio, yo estoy viendo mucho más cerca a un tesoro, que si fuese mío, cuidaría a todas horas —manifestó.

—¿De veras, Danny? —sonrió ella.

—¿Lo dudas?

Hubo un instante de silencio. Luego, Danny avanzó hacia ella y la estrechó entre sus brazos.

—Mi presentimiento se ha cumplido —suspiró Klara, mientras elevaba los brazos para enlazar el cuello de su huésped.

Peters llenó las copas de nuevo y ofreció una a Klara. —Hablemos —propuso.

—Empieza a preguntar —dijo ella.

—Tu esposo...

—Es sólo una denominación legal, Danny.

—Una respuesta muy significativa, Klara.

—Pero auténtica y sincera.

—Comprendo. Hablemos ahora de Schalfterhall.

—¿Qué quieres saber de la casa del lago?

—Algunas cosas... Por ejemplo, la identidad de una pareja cuyos nombres, ignoro los apellidos, son Hans y Lotte.

—Ah, sí, son los sobrinos del viejo conde, sus únicos parientes. Se llaman también Von Szabely.

—¿Ha muerto el conde?

—Sí, hace unos seis meses. Lo enterraron en la ladera noroeste de la isleta. ¿No has visto la tumba?

—Eso está al lado opuesto del puente, creo.

—Sí, Danny.

—En ese caso, no he estado aún por aquella parte de la isleta. Bien, de modo que Hans y Lotte son los sobrinos del conde.

—Sus únicos parientes, por tanto.

Peters tomó otro sorbo de licor.

—¿Esposos?

—No, hermanos. Ella es la mayor, viuda, creo, aunque no puedo asegurar nada, porque continúa utilizando su apellido de soltera.

—Curioso —observó Peters—. Eran los sobrinos del conde y, sin embargo, éste nombró a siete herederos con los que, al parecer, no tenía relación alguna.

—Yo no diría tanto, Danny.

—¿Qué sabes tú al respecto?

—Es un asunto relacionado con algo que ocurrió durante la guerra, bueno, hacia el final. Pero no sé más, te lo aseguro. —

—¿No te lo ha dicho Fritz?

Klara soltó una risita.

—Hubiera podido conseguirlo si me interesase —respondió—. Pero para ello tendría que haberle permitido el acceso a mi dormitorio. Me casé hace diez años con él; él tenía cuarenta y dos y yo diecinueve. Entonces, Fritz era aún un hombre apuesto. En diez años se ha convertido en una ballena con patas. No, gracias, prefiero permanecer en la ignorancia antes que soportarle. Las personas cometen a veces errores y es preciso pagar las consecuencias —concluyó filosóficamente.

—Pero él te dice algo, ¿no?

—Sí, a veces y no todo lo que sabe. Si bebe un par de copas de más, se vuelve locuaz, aunque no sé cómo se las arregla que nunca lo suelta todo.

—Así supiste lo de las trampas mortales, ¿no es cierto?

—Efectivamente —admitió Klara.

—Por lo visto, quieren eliminarnos a los herederos. —Si yo fuese Lotte von Szabely, también pensaría igual —declaró la joven sinceramente.

—Es posible —convino Peters—. ¿Conoces cuáles son las trampas mortales instaladas?

Ella se encogió de hombros.

—No tengo la menor idea —respondió—. Sólo sé que hay trampas mortales, Danny. Fritz no quiso dar más explicaciones.

Peters apuró su copa.

—Ha sido una conversación muy interesante —calificó.

—¿Te vas ya? —preguntó Klara.

—He de regresar al castillo antes de que amanezca, preciosa.

—Lástima —suspiró la joven.

—Lo siento, hermosa. Ah, a propósito, ¿tienes una cuerda larga, como de cinco o seis metros? No importa que sea gruesa, Klara.

—Espera, te la buscaré.

Klara salió del dormitorio y regresó a los pocos minutos.

—¿Para qué la quieres? —preguntó.

—A mí también me gusta poner mis propias trampas —contestó él, sonriendo—Ah, todavía falta un heredero por llegar. Se llama Orpington. Si lo ves, adviértele que tenga cuidado con las trampas.

—Lo tendré en cuenta, pero... despidete de mí como debe ser —pidió Klara insinuante.

Peters sonrió y se acercó nuevamente a la joven.

Media hora más tarde, estaba a tres kilómetros de la aldea, en un punto donde el camino se angostaba algo más de lo ordinario. Escondido detrás de unos arbustos, esperó pacientemente.

Al cabo de unos quince minutos, divisó una sombra en la carretera. Urmidt se acercaba en su bicicleta.

De pronto, el posadero tropezó con un obstáculo invisible. La cuerda, tendida de lado a lado del camino y atada por los extremos a sendos árboles, golpeó su pecho con fuerza y lo arrancó del sillín, lanzándolo al suelo violentamente.

Urmidt juró a causa del golpazo. Durante unos segundos, quedó aturdido, incapaz de reaccionar. Luego, frotándose el costado con una mano, se puso en pie.

El estruendo de las maldiciones del posadero se fue alejando a medida que Peters se acercaba de nuevo a Schalfterhall. Si Urmidt juraba profusamente, Peters reía a mandíbula batiente.

Capítulo VII

—**E**STÁ dormido —dijo Lotte von Szabely.

Hans consultó su reloj.

—A las diez de la mañana —masculló.

—¿Qué prisa tiene? —contestó ella.

La imagen del dormitorio de Peters aparecía nítidamente en el monitor correspondiente del cuarto de observación. Hans se mordió los labios.

—¿Quieres que pruebe otra vez? —preguntó.

—No —prohibió Lotte—. Ya irás cuando haya salido del dormitorio. Yo no estoy tan segura de que la puerta falsa se haya encallado.

—¿Supones que la ha bloqueado desde el interior?

Lotte manejó unos controles del gran tablero de mandos. La cámara que espía el dormitorio de Peters giró y su objetivo enfocó la puerta.

—Mira, hay un sillón bloqueándola —indicó—. Estoy segura que dentro del armario ha metido algo que no nos permite pasar al interior.

—Entonces, conoce el pasadizo...

—Seguro, Hans, seguro. Ya te dije que era muy listo.

—Tendré que quitarlo de en medio...

Ella lanzó una risita.

—¿Me dejas que utilice mis propias armas? —sugirió.

—Si crees que va a dar resultado... —dudó él.

—Probar no cuesta nada, Hans. Mira, ahora se despierta.

En aquel momento, Peters se sentaba en la cama, bostezando aparatosamente, a la vez que estiraba los brazos con voluptuosidad.

Lotte apretó una tecla y la imagen se esfumó.

—Bueno, dejémosle que desayune en la intimidad —dijo, sonriente—. ¿Qué novedades aportó Fritz anoche?

—Ninguna de importancia, salvo que el número seis no ha comparecido aún —respondió Hans.

—Cuando llegue, irá a hacer compañía a Hriva —afirmó Lotte. Se encaminó hacia la puerta—. Luego te veré, Hans.

—Sí, Lotte.

Al quedarse solo, Hans buscó afanosamente el botón de contacto correspondiente al monitor que captaba las imágenes en el cuarto de

Ilse. La pantalla se encendió, pero no mostró más que un vivísimo resplandor.

Hans emitió un gruñido de rabia. Ilse había encendido una lámpara de sobremesa, a la cual había quitado la pantalla, colocando acto seguido un espejo detrás, de modo que los rayos luminosos quedaban dirigidos hacia el objetivo de la cámara, deslumbrándolo.

—Es una chica lista —dijo decepcionado.

Y, entonces, sorprendentemente, oyó la voz de la muchacha:

—¡Grosero!

* * *

—Hace un día estupendo, Danny —dijo Ilse.

Peters se volvió y dirigió una cálida sonrisa a la muchacha. Ella se le acercó.

—¿Qué hace aquí, Danny? —preguntó.

—Esperar —respondió él.

—¿Al heredero que falta?

—Sí. —Peters miró su reloj—. Han dado ya las once. No puede tardar, Ilse.

—Sí, yo también lo creo así. Danny, ¿sabe que he evitado que me vigilen?

—¿De veras? ¿Cómo lo ha conseguido?

—Una lámpara encendida, sin pantalla y con un espejo que refleje sus rayos en dirección al espejo. Deslumbramiento del objetivo de la cámara. ¿Entiende?

Peters soltó una risita.

—Chica lista —dijo—. ¿Quiere fumar?

—Muchas gracias. —Ilse encendió el cigarrillo que él le había ofrecido—. Danny, antes de una hora se habrá descifrado el misterio.

—Así lo espero yo... Ah, mire, ya llega el número seis —exclamó él de repente—. Su nombre es Algy Orpington —añadió.

Ilse le miró sorprendida.

—¿Quién se lo ha dicho? —preguntó.

Pero Peters no contestó. Su atención estaba centrada en el automóvil que se acercaba al puente a una velocidad más bien reducida.

El hecho le intrigó notablemente. A unos treinta kilómetros por hora, el automóvil se acercó a los dos postes metálicos, aunque parecía que su velocidad se acrecentaba gradualmente.

De pronto, se oyó una fuerte explosión. Algo de humo y polvo brotó de unos arbustos situados a la derecha del camino, según la posición que ocupaba la pareja.

Ilse se sobresaltó.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó.

—La ametralladora ha reventado —sonrió Peters—. Anoche taponé con tierra la boca de fuego.

El automóvil entró en el puente, ahora con una velocidad cada vez más reducida. A los pocos momentos, se paró, casi en el centro.

Ilse lanzó una exclamación de sorpresa:

—¡Danny, el automóvil está vacío!

—Lo cual demuestra que Algy Orpington no es tan tonto como el pobre Frantisek Hriva —dijo Peters.

* * *

Danny Peters echó un vistazo a su reloj y dijo:

—Faltan dos minutos para las doce. Entremos, Ilse.

La muchacha accedió. Cruzaron la biblioteca y salieron al vestíbulo. Entonces, se oyó una voz masculina:

—Distinguidos huéspedes, circunstancias imprevistas han hecho imposible la llegada del abogado del difunto conde von Szabely. Les rogamos tengan un poco de paciencia y, mientras tanto, continúen considerándose nuestros huéspedes. Gracias por su atención. —Ahora debiera anunciar un detergente —dijo Ilse con mordaz acento.

—No sé por qué, pero presentía que hoy no nos iban a leer el testamento. ¿Volvemos afuera, Ilse?

—No hay mucho que ver...

Peters cortó la objeción de la muchacha.

—Sí hay algo que ver —insistió—. Venga conmigo, se lo ruego.

Intrigada, la muchacha le siguió, dándose cuenta a poco de que él la guiaba en dirección opuesta al puente.

Por aquel lado, la casa distaba de la orilla del islote unos cien metros. A mitad de camino y a unos siete u ocho de altura sobre el nivel de las aguas, vieron una tumba.

Era muy sencilla, Una simple lápida, aunque bastante gruesa, en cuya superficie se había tallado a cincel una cruz, debajo de la cual se veía el escudo de los Von Szabely. A continuación seguía la leyenda, realizada en elegantes letras góticas:

Ernst von Szabely

1901 – 1970

R.I.P.

Ilse contempló la lápida unos segundos.

—Danny, los Von Szabely procedían de Hungría, creo.

—Sí, en efecto.

—Me pregunto si ahí abajo no habrá un vampiro, dispuesto a salir a la media noche, a sorber la sangre de sus víctimas —dijo Ilse, con acento estremecido.

—Vamos, vamos, no haga caso de leyendas...

—Danny, la luna está hoy en plenilunio. Es la época ideal para los vampiros.

Peters se volvió para mirarla, muy sorprendido.

—¿Cree usted en las supersticiones? —preguntó.

Elia se mordió los labios. Luego, de repente, se bajó el cuello de encajes de la blusa que vestía.

—¡Mire, Danny! —exclamó, dramáticamente.

Peters respingó.

Debajo de la oreja de la joven, sobre la nivea blancura de su piel, se divisaban dos puntitos de color rojo oscuro y forma triangular. Peters notó que ella aparecía sumamente pálida.

—Ilse, no me diga que...

Ella se pasó una mano por la frente.

—No lo recuerdo muy bien —dijo—. Tengo una vaga idea de haber visto inclinado sobre mí a un hombre vestido de negro, con una sonrisa satánica..., pero por la mañana creí que había sido un sueño. Luego, al levantarme, noté cierta debilidad. Entonces, me miré al espejo y vi...

—¡Ilse, no hay vampiros! ¡Sólo son leyendas!

—Entonces, ¿quién me ha hecho estas marcas?

La voz de Ilse era crispada, aunque más por nerviosismo y temor que por ira.

Peters arrugó el entrecejo.

—¿Bebió usted agua de la jarra? —preguntó.

—No, la cambié, como usted me indicó.

—Dice que sintió somnolencia...

—En efecto.

—¿Recuerda la hora aproximada?

Ilse se concentró en sí misma.

—Poco después de acostarme —respondió.

—¿Qué había hecho antes? —preguntó Peters.

—Me lavé los dientes, como de costumbre.

—Luego iremos a su cuarto. Quiero examinar su cepillo y su pasta dentífrica.

Ella le contempló atónita.

—¿Cree usted que...?

—Yo no puedo asegurar nada todavía, Ilse. Prefiero esperar a

comprobar mis sospechas —respondió el joven.

De súbito, Ilse lanzó un chillido.

—¡Danny! ¡Ahí está! ¡El vampiro!

Peters volvió la cabeza, sobresaltado por el grito de la joven. Abajo, en la orilla, se divisaba una negra silueta que emergía lentamente de las aguas.

* * *

El negro ser tan repentinamente aparecido, terminó de salir del lago y se puso en pie. Divisó a la pareja y agitó una mano con gesto lleno de jovialidad.

—¡Hola! —gritó.

Danny se pasó una mano por la cara.

—Un hombre rana, es un hombre rana —masculló.

Ilse estaba como petrificada.

—Lo siento —se disculpó—. Estoy tan excitada...

El recién llegado se quitó el aparato de oxígeno y lo dejó en el suelo, junto con la máscara. Luego se descalzó las aletas y avanzó hacia la pareja, llevando en la mano una bolsa impermeable.

—¿Qué tal, amigos? —saludó—. Sin duda les parecerá una bonita manera de llegar a Schalfterhall, ¿no es así?

Peters estudió al individuo. También rebasaba el medio siglo, aunque se mantenía esbelto y fuerte.

—Le dijeron lo de las trampas, ¿eh, número seis? —contestó.

—En efecto. Una hermosa posadera me advirtió de lo que sucedía. De todas formas, yo ya venía prevenido —manifestó el recién llegado—. Me llamo Orpington, Algy Orpington.

—Soy el número siete, Danny Peters —se presentó el joven—. Número uno, la señorita Ilse Kurtz.

—Una muchacha tan hermosa no podía por menos que ser el número uno de los herederos del conde —dijo Orpington galantemente.

Capítulo VIII

—PENSABA haber llegado ayer, pero una inoportuna avería me retuvo en Colonia más de lo que yo esperaba —declaró Orpington, mientras se cambiaba de ropa al otro lado de una gruesa roca—. Espero que no por haber llegado tarde a la lectura del testamento me descalifiquen para recibir mi parte.

—El testamento no ha sido leído —dijo Peters—. Todavía no ha llegado el abogado del conde.

—Ah, eso resulta muy interesante. ¿Se sabe cuándo viene?

—No. Luego nos dirán algo, espero.

Orpington abandonó su escondite y se acercó de nuevo a la pareja.

—Escuché una explosión cuando el coche llegó cerca del puente —dijo.

—Era una ametralladora que funcionaba automáticamente. Yo taponé su boca de fuego, pero ya había disparada una vez con efectos mortales.

—¿Quién fue la víctima?

—El número tres, Frantisek Hriva. Aún está en el fondo del lago.

Orpington meneó la cabeza.

—Pobre Frantisek —dijo—. Venir a morir aquí tan miserablemente...

—¿Le conocía usted? —preguntó Ilse.

El número seis sonrió sibilinamente.

—Tengo que saludar a los anfitriones —contestó, de manera harto evasiva.

—Lo conocía —afirmó Ilse, cuando Orpington se hubo alejado.

—Muy probable. Es más; yo diría que todos se conocen entre sí.

—¿Por qué lo supone, Danny?

—Fíjese en que Orpington ya venía preparado para la travesía del lago. Todos, menos Hriva, tal vez el más descuidado, supieron llegar indemnes al castillo. Esto me sugiere la idea de que se conocen y no de ahora precisamente.

—Es posible, pero ¿de qué les vino el conocimiento?

—Fíjese, Ilse: hay un ruso, un francés, un yanqui y un británico, además de un checo, ya muerto, sin contarnos a nosotros. Todos pasan ya de los cincuenta años. ¿Sabe dónde, muy probablemente, se inició el

conocimiento de todos ellos?

—¿En la guerra?

—Seguro. Más aún, todos pertenecieron a los servicios secretos... y quizá continúen aún en activo. O les hayan hecho volver al servicio activo, por un motivo que todavía ignoramos.

—Entonces, debe de tratarse de algo relacionado con algún suceso bélico de importancia.

—No le quepa duda; y muy importante debió de ser, cuando, a los veinticinco años del final de la guerra, se han reunido aquí cinco antiguos espías, seguramente, para resolver un caso que quedó sin solución en aquella época. Mejor dicho, de los cinco espías, uno ha muerto ya.

—¿Morirá alguno más antes de la lectura del testamento? —preguntó Ilse, estremecida de horror.

—Muy probablemente —contestó Peters con sombrío acento.

* * *

El cepillo de dientes despedía un débil olor, que no se parecía a ninguno de los perfumes que Ilse había traído consigo.

—Ya no cabe duda —dijo el joven—. Aquí le pusieron el narcótico.

—Y el vampiro me sorbió la sangre.

—Permítame, Ilse.

Peters examinó con gran atención las manchas que ella tenía en el cuello.

—No hay vampiro —aseguró al cabo.

—¿Cómo lo sabe?

—Son dos simples incisiones superficiales, que no llegan a la vena. ¿Notó frío en el cuello antes de que el vampiro la mordiese?

—Pues... creo que sí...

Peters sonrió.

—Cloretilo. Anestesia por el frío —explicó—. Así, con una cuchilla, le hizo las señales. Y la debilidad que notó era una simple secuela del narcótico que le pusieron en el cepillo de dientes, en estado sólido, casi con seguridad.

—Pero ¿por qué quieren hacer tal cosa? ¿Por qué desean que yo crea que hay vampiros en Schalfterhall?

—Tal vez para dar un toque de misterio al ambiente —sugirió Peters—. Quizá sólo por impresionarla..., incluso por broma.

—Las cosas que están pasando en Schalfterhall no tienen nada de broma, Danny.

—De acuerdo, pero ha de procurar tranquilizarse por todos los

medios. Esta noche, antes de lavarse bien los dientes, vea si el cepillo contiene narcótico. El olor será algo más pronunciado que en estos momentos. Lávelo bien y luego límpiense sin cuidado.

—¿He de hacer algo después? —preguntó Ilse.

—Sí. Sencillamente, simular que se queda aturdida, como anoche. Y esperar, sin prisas y sin nervios.

—¿A qué, Danny?

—A que vuelva el vampiro, Ilse.

Los ojos de la joven se dirigieron hacia la losa sepulcral.

—Hay un murciélago en el escudo de los Von Szabely —dijo.

—Y los murciélagos duermen durante el día —sonrió Peters—. Será mejor que esperemos a que salga el que anoche la «picó» a usted.

Ilse creyó comprender las intenciones del joven.

—Lo haré como dice, Danny —aseguró.

—En tal caso, regresemos a la casa —propuso el.

Ilse aceptó la proposición. Al entrar en la biblioteca, vieron a Zoloviev y a Kevic, sentados frente a frente, ante una mesa provista de un tablero de ajedrez.

Los jugadores, abstraídos en su partida, no les hicieron caso alguno. Danny e Ilse salieron al vestíbulo.

McNabb bajaba en aquellos momentos.

—Ha llegado el que faltaba —dijo.

—Sí, supo eludir las trampas, cosa que no hizo Hriva —contestó Peters.

McNabb se encogió de hombros.

—Debió de haber pensado que el viaje a Schalfterhall no era una excursión de recreo —manifestó.

—¿Cree que se puede aplicar este calificativo a nuestro viaje a Schalfterhall, señor McNabb? —preguntó Ilse.

El americano hizo un encogimiento de hombros.

—Califíquelo como guste, señorita —respondió.

—La calificación debe quedar al arbitrio personal de cada cual, pero ¿puede decirse lo mismo de la fecha en que se inició la excursión? —inquirió Peters.

—¿Qué quiere decir? —contestó McNabb.

—Sencillamente que, en mi opinión, la presencia de todos ustedes en Schalfterhall es la consecuencia de una excursión que se inició hace veinticinco años, aproximadamente, hacia el final de la guerra.

McNabb dejó de sonreír.

—No sé qué es lo que trata de decirme, señor Peters —dijo casi hostilmente.

Peters sacó un papel del bolsillo, lo consultó unos instantes y luego

miró a su interlocutor.

—Señor McNabb, ¿conoció usted a Sylvia Forrest? —preguntó.

—No sé de quién me está hablando —respondió el americano.

—Me gustaría poder dar crédito a sus palabras —dijo Peters—. ¿Vamos, Ilse?

—Como usted diga, Danny —accedió la joven.

McNabb se dirigió hacia el comedor.

—Recuerdo que hay botellas y vasos... —dijo, con acento que quería ser intrascendente.

El americano entró en el comedor. Se acercó a una consola con servicio de licores y levantó una botella con una mano, mientras que con la otra se disponía a quitarle el tapón.

El tapón se resistió. McNabb hizo fuerza, de tal modo, que parte de su palma se apoyaba sobre la superficie exterior. De pronto, lanzó un pequeño grito.

Peters e Ilse oyeron la voz del americano. El joven, instintivamente, corrió hacia el comedor.

McNabb estaba en pie, junto a la consola, con un pañuelo en la mano izquierda, con el que enjugaba algunas gotas de sangre que brotaban de la otra mano.

—No ha sido nada —sonrió—. El tapón debía de estar mal construido y me he pinchado.

Cambió el pañuelo de mano y lo puso sobre el tapón, que esta vez sí salió. Acto seguido, inclinó la botella y puso unos dedos de whisky en un vaso.

McNabb miró a la pareja con expresión sonriente.

—No hay motivo de alarma —insistió—. Sólo se trata de un simple pinchazo. Dos gotas de sangre y nada más. —Levantó el vaso—. Por la parte que me toca de mi herencia —brindó.

El vaso se le escapó de repente de los dedos, estrellándose con fuerza. McNabb, repentinamente lívido, vaciló, y se apoyó en la consola con una mano, mientras se pasaba la otra por la frente.

—No sé qué me ocurre... Me siento muy mal... —balbuceó.

Súbitamente giró a un lado y se desplomó con sordo golpe. Ilse lanzó un chillido.

Peters corrió hacia el caído.

—¡McNabb!

Los ojos del americano le dirigieron una turbia mirada. Fue a decir algo, pero, de repente, todo su cuerpo se agitó en una espantosa convulsión.

Momentos después, estaba completamente quieto.

Ilse se tapaba la boca para no gritar. Peters, después de unos

instantes, se puso en pie y se acercó a la consola.

Con grandes precauciones, examinó el tapón de la botella. Cogiéndolo con dos dedos, lo hizo girar un poco.

Algo se disparó hacia arriba, sobresaliendo de la superficie plana cosa de un centímetro. Peters se quedó pasmado del infernal artificio, que al girar el tapón hacía salir una aguja de sección triangular, impregnada de una sustancia oscura, de color marrón y apariencia gomosa.

Luego miró a la muchacha. Ilse, bajo el dintel de la entrada, estaba muy pálida.

—¿Ha muerto? —preguntó.

Peters hizo un gesto de asentimiento.

—Veneno —confirmó—. Probablemente, curare.

De repente, se arrodilló junto al caído.

—No está bien, pero creo que debo hacerlo —murmuró, como si se excusara por su acción.

El registro de las ropas de McNabb resultó infructuoso.

—No tiene la llave —dijo a los pocos momentos.

Y se puso en pie.

—Vamos a ver su habitación —indicó.

Ilse reaccionó.

—¿Cree usted que está bien? —dudó.

—Muchacha, aquí hay pocas cosas que estén bien —respondió Peters sentenciosamente.

Salieron del comedor. Peters cerró la puerta, a fin de que el cuerpo de McNabb no fuese visto desde el exterior. Luego, con paso resuelto, se encaminó hacia la escalera que conducía al piso superior.

Capítulo IX

UNA hora más tarde, descendieron por la escalera, con la sensación de un profundo fracaso.

—La llave no ha aparecido —dijo Ilse,

—Lo correcto es decir que ha desaparecido —puntualizó Peters.

—Pero ¿por qué? ¿Es que tomaron un molde?

—McNabb actuó astutamente —supuso el joven—. Los dos hermanos no consiguieron tomar el molde de la llave.

—Y, por esa razón, le asesinaron.

—Ilse, yo tengo la seguridad de que McNabb estaba condenado a muerte. Lo que sucede es que no supo adivinar la trampa. Salvó otras, como los demás que aún están vivos, pero cayó en la de la botella.

—Danny, ¿se ha dado cuenta que, al menos la muerte de Hriva, no ha despertado ninguna emoción entre los demás? Probablemente ocurrirá lo mismo cuando se enteren de que McNabb ha muerto. ¿Por qué no sienten ningún interés?

—Ilse, creo que la respuesta más acertada es decir que sólo sienten interés por ellos mismos —dijo Peters.

Ya estaban ante el comedor. Peters abrió la puerta y, casi en el mismo instante, Ilse lanzó una exclamación:

—¡El cadáver ha desaparecido!

Peters sonrió, mientras dirigía la vista hacia la gran chimenea que era uno de los principales adornos de la estancia.

—Tal como se están poniendo las cosas, me hubiera extrañado mucho ver el cadáver todavía aquí —respondió.

—Lo habrán escondido ellos.

—Sin ningún género de dudas, Ilse.

La voz se dejó oír de nuevo:

—A las siete y media en punto, Adela tendrá sumo placer en servirles la cena.

—A mí se me ha pasado el apetito —confesó la muchacha.

—Ilse, voy a darle un consejo: simule ignorancia. Haga como los otros, ¿me entiende?

—¿Desinterés?

—Exactamente.

Ilse observó durante la cena que tanto Stolov como Kevic y Orpington hacían gala de una singular indiferencia hacia todo. La conversación era completamente intrascendente.

Orpington resultó el más locuaz y hablaba y contaba anécdotas casi sin parar. Pero nada de lo que decía resultaba ser importante.

La muchacha se esforzó por comer algo. Peters, en cambio, lo hizo con magnífico apetito.

«Si las trampas han de continuar, no creo que sea en la comida donde pongan una, con veneno», pensó.

Detrás de los ojos del murciélago heráldico habían otros femeninos. Como la noche anterior, Peters evitó mirar hacia aquel punto.

Adela sirvió la cena con rapidez y eficiencia, contestando con monosílabos a las escasas preguntas que se le formularon. Peters estaba un tanto intrigado por la actitud de la mujer.

Adela aparentaba unos cincuenta años. Debía de haber sido bastante hermosa en su juventud. Ahora tenía ya el pelo gris y una perpetua mueca de amargura en sus labios.

«Amargura, desprecio, odio... ¿quién sabe? Tal vez todo junto», se dijo Peters.

Después de un rato de sobremesa, los huéspedes se dispersaron.

Peters subió a su dormitorio. Inmediatamente, pasó al armario y de allí al corredor secreto.

Momentos después, estaba escondido en el armario de Ilse.

—Con tal de que no sé les ocurra venir a los hermanos...

Esperó pacientemente. Ilse hacía ya rato que estaba en la cama.

La puerta del armario estaba entreabierta. Desde allí, podía ver claramente la cama.

Transcurrió una hora. Súbitamente, oyó un ligero chasquido en la puerta que daba acceso al dormitorio.

Una sombra humana se adentró en la estancia. El intruso se acercó paso a paso a la cama y se inclinó sobre la joven.

De repente, sintió que le tocaban en el hombro. Terriblemente sobresaltado, se volvió y, en el mismo instante, unas manos poderosas le sujetaron por los brazos.

—Encienda la luz, Ilse —dijo Peters.

La muchacha obedeció. Al disiparse las tinieblas, Peters pudo reconocer a su prisionero, al mirarle frente al espejo que había sobre la consola.

—¿Tiene alguna explicación que darnos de los motivos de su presencia en la habitación de la señorita Peters, número cuatro? —

preguntó el joven.

Hubo un instante de silencio. Luego, el prisionero hizo *una* profunda inspiración y dijo:

—Será mejor que me suelte, señor Peters.

—Antes, número cuatro, o Jean Kevic, como lo prefiera, me cercioraré de que no lleva armas encima —declaró Peters sus intenciones.

* * *

Un revólver de cañón corto y calibre 32, y una navaja automática, pasaron a poder del joven. Ilse, mientras tanto, había dejado la cama y se estaba poniendo una bata sobre el camisón.

Peters encontró también, en los bolsillos del francés, *un* tubo de metal, largo y de forma peculiar. Inmediatamente, reconoció su destino.

—Va bien pertrechado, número cuatro —dijo irónicamente.

Kevic se encogió de hombros.

—En esta casa es conveniente —respondió—. Y un silenciador no deja de tener su utilidad.

—Conforme, de acuerdo, pero todavía no nos ha dicho a qué vino a este dormitorio. —Oiga —dijo Kevic—, ¿y usted? Porque no hace aún un cuarto de hora estaba usted en la cama...

—Poseo la facultad de traspasar las paredes —respondió Peters irónicamente—. Lo que vio en mi cama era un bulto de ropas.

—Debí suponérmelo —masculló el francés.

—Danny, aún no nos ha dicho a qué vino —terció Ilse.

—Yo diría que no es demasiado difícil de averiguar —manifestó Peters—. ¿Anda buscando la llave número uno?

—Y si así fuera, ¿qué objeciones formularía usted? —le desafió Kevic.

—Todo depende de los motivos que usted alegase —respondió el joven.

—No daré ningún motivo —dijo Kevic.

—¿Tiene alguna llave más? —preguntó Ilse.

—No estoy obligado a contestar —fue la declaración del francés, hosca y tensa.

—En tal caso, tampoco nos dirá quién es, o fue, Marie-France Lioussy.

Kevic miró fijamente a Peters: El rubicundo rostro del francés había perdido de súbito su color.

—Sabe quién es, o era, esa dama —añadió el joven.

Kevic cruzó los brazos sobre el pecho, en actitud inequívoca.

—Prefiero callar —respondió.

Ilse se puso una mano en el cuello.

—¿Por qué me hizo estas marcas? —preguntó.

El francés continuaba callado. Peters dijo:

—Ilse, considérelo como un toque de humorismo galo. No tiene otra explicación. —Trató de confundirme —dijo ella.

—Muy posiblemente.

—El conde Von Szabely tenía fama de vampiro —habló Kevic sorprendentemente.

—No me diga —se burló Peters—. ¿Atraía a su castillo a las hermosas doncellas para sorberles la sangre?

—Si se molestase en investigar, conocería muchos detalles sorprendentes del difunto conde —respondió Kevic.

—Usted los conoce, porque le conoció a él... ¿al final de *la* guerra?

Kevic se encogió de hombres.

—Pregunte en la aldea —dijo.

—Tal vez lo haga. Kevic, usted tiene aún su llave, ¿no es así?

El francés guardó silencio nuevamente. Peters añadió:

—Debería examinarla. Muy probablemente, aunque no sin esfuerzo, encontrará rastros de cera de moldear. Ahora, adivine el significado de mi sugerencia.

Kevic respingó.

—¿Cómo? ¿Usted cree...?

—Tengo motivos para asegurarlo. Y ahora —Peters chasqueó los dedos—, ya puede volver a su habitación, número cuatro.

El francés se marchó, corrido y humillado, pero también furioso.

—No le ha gustado —dijo Ilse, cuando se hubieron quedado solos.

—Pero tiene que aguantarse. ¡Vaya unas ganas de tomar el pelo a la gente, haciéndola creer en la existencia de vampiros! —comentó, con acento irritado.

Ilse se puso seria.

—Danny, ¿usted cree que el conde...? —Y no se atrevió a terminar la frase, pero Peters comprendió lo que ella callaba.

—No sé qué decirle —manifestó—, pero es preciso tener en cuenta la mentalidad aldeana. Tal vez Von Szabely hacía algo que tiene una explicación natural, aunque no quiso aclararlo entonces. Con sus antecedentes de origen, la fantasía de las gentes de Kuhlach-am-Schalfter tuvo que desbordarse, lógicamente.

—Pero ahora ya no habrá forma de comprobar si fue cierto o no —dijo Ilse.

—Veremos —contestó Peters sibilinamente—. Usted quédese aquí y no se mueva.

—Me gustaría acompañarle...

—¿Tiene miedo de quedarse sola?

Ilse vaciló en la respuesta.

—Mejor que se quede —insistió él—. Pero le dejaré una buena compañía.

Y le entregó el revólver de Kevic.

—Apriete el gatillo sin vacilar, apenas vea u oiga algo sospechoso —le aconsejó—. Aunque no haga blanco, el ruido siempre asusta.

—Gracias, Danny —sonrió Ilse, ahora algo más animada.

Peters se dirigió al armario y se dispuso a salir al pasadizo, pero apenas había abierto la puerta del fondo, oyó voces.

Desde su escondite, pudo ver a los dos hermanos, hablando a diez pasos de distancia. Hans tenía en la mano una linterna, lo que proporcionaba cierta iluminación al pasadizo.

—Lo siento, Lotte —decía Hans en aquel momento.

Capítulo X

—¿CÓMO? —exclamó ella—. ¿No has encontrado la cuerda?

—No —confirmó Hans malhumoradamente—. He registrado el dormitorio a fondo. La cuerda que usó para descolgarse ayer no aparece por ninguna parte.

—Y él no está en el dormitorio.

—Ha salido y ha puesto en la cama un bulto de ropas, para simular que sigue durmiendo.

Lotte se quedó muy pensativa.

—Me pregunto cómo pudo atravesar la trampa que hay a la entrada del puente —dijo.

—Arrastrándose, no cabe duda. Pero hoy no lo conseguirá, si es que lo intenta.

—¿Crees que está aún en la casa?

—Con toda seguridad, en el dormitorio de Ilse.

—Hans, debiéramos de...

—No, a ellos no —atajó el hombre rápidamente—. Al menos, por el momento.

—Como tú quieras, pero me parece que no haces bien. Peters es capaz de entrar y salir de la casa sin sufrir el menor percance y ambos tenemos buenas pruebas de ello. Y no digamos Fritz.

—Deja ahora al posadero —masculló Hans desabridamente—. Tenemos los moldes de cinco llaves. Nos faltan dos: la de Peters y la de Hriva.

—Bien, ¿y qué? ¿De qué te servirá tener las siete llaves, si te falta lo más importante?

«Lo más importante, ¿es el cofre del tesoro?», se preguntó Peters silenciosamente.

—Ya lo encontraremos. Anda, volvamos ya —respondió Hans, al que no abandonaba en ningún momento el mal humor.

Peters aguardó todavía unos minutos, hasta que se convenció de que podría regresar sin sufrir contratiempos. Cuando estuvo en su habitación, se inclinó junto a una de las patas del lecho, la agarró con ambas manos y la separó unos centímetros del suelo.

El lecho era pesado, pero Peters no era hombre débil. Una vez levantada la pata, pudo sostenerla durante unos segundos con una sola

mano. Con la otra, sacó del hueco el rollo de cuerda que se había fabricado con los cordones de las cortinas.

Actuó en la oscuridad, para no dar ocasión a ser visto desde el cuarto de observación. Luego se dirigió a la cama y sacó el bulto de ropas, hecho con dos almohadones y un par de manías. Sacó una sábana y ató con ella los almohadones, de modo que formasen un bulto de forma alargada, de unos ochenta o noventa centímetros de longitud.

El bulto fue a parar al suelo a través de la ventana. El se descolgó segundos después.

Cuando estuvo a regular distancia del puente, lanzó los almohadones, procurando hacerlo de modo que el bulto se desplazase verticalmente hasta su caída. En el primer intento, no ocurrió nada.

Fue a la tercera tentativa cuando sucedió. El bulto voló hacia adelante y, de súbito, se desvió violentamente hacia la derecha.

Peters oyó unos extraños zumbidos. Cautelosamente, se acercó a los almohadones.

Clavadas en el conjunto había media docena de flechas. Se estremeció al pensar en lo que le hubiera sucedido de no haber observado aquella precaución.

Salvada la trampa, el camino hacia Kuhlach-am-Schalfter estaba libre.

* * *

A dos kilómetros de la aldea, vio venir por el centro del cansino a un hombre montado en su bicicleta. Aunque Peters marchaba por la orilla oscura de la carretera, se separó todavía unos metros más, a fin de evitar ser visto.

Tendría que preguntar a Klara por los motivos que impulsaban a su esposo a desplazarse a Schalfterhall a horas tan avanzadas. Dejó pasar a Urmidt y siguió andando.

Veinte minutos más tarde, estaba en la habitación de Klara.

Ella le recibió con ardientes efusiones. Peters soportó sus caricias unos momentos y luego se esforzó por romper el contacto.

—Un poco de calma, Klara —rogó.

—¿Qué te pasa? —preguntó ella, extrañada—. Te noto un poco raro...

—Algo hay de eso —contestó Peters—. Pero necesito hablar contigo.

—Dime, Danny.

—Tú eres demasiado joven y no puedes saber, por tanto, lo que sucedía en Schalfterhall antes de la guerra. Pero quizá hayas oído hablar a los que hoy son viejos.

—¿A qué te refieres?

—¿Es cierto que el conde tenía fama de vampiro? Tú ya entiendes lo que quiero decirte, ¿no?

Klara se mordió los labios.

—El conde, un vampiro... —murmuró—. Si quieres que te diga la verdad, aquí no se comentan demasiado sus actividades.

—¿Por qué?

—No lo sé. Tengo entendido que no resultaba simpático a la mayoría de los aldeanos.

—¿Conoces los motivos?

—No.

—¿No ha comentado Fritz contigo nada relativo al conde?

—Sólo decía que era un hombre muy extravagante, pero nada más. Por otra parte, el conde jamás ponía los pies en la aldea. O permanecía constantemente en Schalfterhall o, si salía, iba directamente a Colonia. Pero sus ausencias duraban siempre muy pocos días, una semana todo lo más.

—Klara, ¿no habrá en toda la aldea nadie que pueda informarme de lo que sucedía en Schalfterhall años atrás? —preguntó Peters.

Ella reflexionó un momento.

—Tal vez el viejo Horliger —sugirió.

—¿Quién es Horliger?

—Fue mayordomo del conde durante muchos años. Hace unos seis meses que se retiró y vino a vivir a la aldea.

—Esa retirada coincide con la muerte del conde, Klara.

—Más o menos, en efecto.

—Muy bien, Klara. ¿Puedes decirme ahora dónde puedo encontrar al viejo Horliger?

—Vive solo, en una pequeña casita situada a la entrada, en dirección este.

Reconocerás la casita porque tiene dos abetos ante la fachada, a unos seis pasos de distancia y a ambos lados de la puerta, que queda en el centro.

—Estupendo, Klara. Ahora dime, ¿a qué va tu esposo todas las noches a Schalfterhall?

Ella se encogió de hombros.

—¿Qué sé yo? —respondió—. Sólo sé que estos días ha pasado muchas horas en su viejo taller. Yo tenía que ocuparme de la taberna...

—¿Taller, de qué, Klara?

—Cerrajería. Antes era el cerrajero de la aldea, bueno, además arreglaba muchas otras cosas: averías de las conducciones de agua y electricidad, ponía cristales... Pero se cansó y compró este negocio.

Peters sonrió, mientras palmeaba suavemente la mejilla de Klara.

—Gracias, preciosa —dijo—. Conque el buen Fritz fue antaño el cerrajero de Kuhlach-am-Schalfter, ¿eh?

—En efecto, pero... ¿te vas? —exclamó ella, alarmada.

—Así es —confesó Peters—. Tengo unas ganas locas de entrevistarme con el viejo Horliger.

—Yo me había hecho ciertas ilusiones, Danny —dijo Klara, decepcionada.

—No te enojés conmigo. Otro día será —dijo él, a la vez que abría la puerta de la estancia.

Momentos después, corría por las silenciosas calles de la aldea, en dirección a la casa de los dos abetos. Localizar la residencia del antiguo mayordomo de Schalfterhall no resultó difícil.

Peters llegó a la puerta y vio el cordón de una campanilla. Tiró un par de veces y esperó.

Repitió los campanillazos cuando se dio cuenta de que no obtenía respuesta. El silencio de Horliger empezó a preocuparle.

La puerta estaba cerrada con llave. Peters dio la vuelta a la casa y vio abierta una ventana.

La oscuridad era absoluta. Sacó su linterna y la enfocó hacia el interior de la estancia. El haz de luz alumbro primero los pies de una cama. Peters movió la linterna hacia la izquierda y entonces divisó al durmiente.

Pero Horliger no dormía. Estaba muerto.

Había dos manchas rojas, redondas, en el centro de su pecho. El origen de las manchas era fácil de adivinar.

—Dos tiros... y con silenciador.

* * *

—¿Por qué lo mataron, Danny?

—La pregunta no está bien formulada —dijo Peters, mientras se servía una copa en el comedor, antes del amanecer—. Diga mejor: *Cui bono?*, o *Qui prodest?* En ambos casos, quiere decir: ¿A quién beneficia?

—Entiendo. La muerte del viejo Horliger resulta beneficiosa para alguien.

—Exactamente.

—¿Sabía algo de importancia?

—Es indudable. O quizá, aunque no lo supiera, el asesino mató a Horliger para que no descubriese su identidad.

—Pero si ya sabemos...

—Ilse, si se refiere a Hans y Lotte, es preciso dudarlo, aunque no los

descartemos como sospechosos. Pero yo me inclino más por pensar en alguno de los otros herederos.

—¿Cuál de ellos, Danny?

—No lo sé. Todos tenían una cosa en común: fueron agentes secretos. O quizá lo sean todavía; eso es algo que no tenemos medios de comprobar.

—Kevic llevaba un revólver con silenciador, pero me lo quedé yo —dijo Ilse, pensativa.

—No hay que excluir la posibilidad de que los otros dispongan de armas semejantes. Aunque no averiguase nada, el asesino evitó una cosa: el descubrimiento de su identidad. Horliger ya no podrá decir quién le visitó esta noche pasada.

—El que fuese, supo salir y regresar sin contratiempos.

—Ya le dije que son tipos avezados a toda clase de circunstancias y situaciones.

—A veces, se equivocan... y mueren, como McNabb.

—Lo cual quiere decir que es preciso mantener la guardia en todo momento y no bajarla un solo segundo, porque entonces se corre el riesgo de dejarse el pellejo en el empeño —contestó Peters sentenciosamente.

Capítulo XI

PETERS se encontró por la mañana con Adela. La sirvienta llevaba en las manos una bandeja con el desayuno.

—¿Adónde va usted? —preguntó.

Adela le dirigió una mirada glacial.

—Llevo un desayuno, ¿no lo ve? —contestó.

Y siguió su camino.

Peters giró en redondo.

—¿Puedo acompañarla, Adela?

—Si lo desea...

El joven dudó un instante, pero se decidió al fin y siguió tras Adela. Ella subió al primer piso y se detuvo ante la puerta número uno.

Adela llamó con los nudillos. Mientras lo hacía, miraba al joven con expresión irónica. —Se ha estropeado el mecanismo de la mesa —dijo Adela.

—Ya entiendo. Pero, dígame, ¿quién le indicó que tenía que servir las comidas por ese medio?

—El señor Von Szabely, sobrino del difunto conde.

—No he visto al señor Von Szabely.

—Está ausente —mintió Adela con todo desparpajo.

—Gracias.

La puerta se abrió en aquel instante.

—Buenos días, señorita —saludó Adela.

—Buenos días —contestó Ilse—. Entre, por favor.

Peters dio media vuelta. Stolov salía en aquel momento de su cuarto.

—Un día espléndido, ¿verdad? —sonrió el ruso.

—Parece que vamos a tener buen tiempo, en efecto.

—Schalfterhall es un lugar maravilloso para unas vacaciones. A mí me está sentando estupendamente la estancia aquí.

—No lo dudo —admitió Peters—. Oiga, ¿no le extraña la tardanza del abogado del conde?

Stolov se encogió de hombros.

—Ya vendrá —dijo con acento de indiferencia—. No tengo ninguna prisa en recibir lo que, de todas maneras, es mío. Dispénseme, pero tengo ganas de pasear.

El ruso se marchó. Peters volvió a su habitación.

Se acercó a la ventana. Desde allí, vio a Stolov que caminaba hacia la tumba del conde, junto a la cual se detuvo momentos más tarde.

Stolov estuvo unos minutos observando la lápida sepulcral. Luego, arrodillándose, tanteó el suelo con las manos, en los bordes de la losa.

A Peters le chocó extraordinariamente la acción del ruso. Pero no tuvo tiempo de seguir observándolo.

Alguien llamó a la puerta. Peters se volvió y dijo:

—¡Entre!

Orpington apareció en el umbral.

—Hola —sonrió—. Ando buscando a Kevic.

—Aquí no está, que yo sepa —contestó Peters, de buen humor.

—¿Dónde se habrá metido este hombre? —murmuró el británico—. En fin, seguiré buscando...

—Espere un momento, por favor.

Orpington detuvo su movimiento de retirada.

—¿Sí?

—Quiero hacerle una pregunta, amigo Orpington.

—Usted dirá, Peters.

—Se trata de un nombre. Tom Chariton.

El inglés dejó de sonreír.

—Adiós —fue todo lo que dijo.

Y cerró de golpe.

Peters se quedó muy preocupado.

—Es extraño —murmuró—. Todos se ponen muy serios cuando les menciono el nombre de su pareja. ¿Por qué?

Tom Chariton era el nombre escrito entre paréntesis y debajo del de Orpington en la lista que Peters había encontrado en el cuarto de vigilancia. Ninguno de ellos había querido mencionar su relación con su respectiva pareja.

—Tal vez esos cinco nombres son los de otras tantas personas muertas... y no en la cama, precisamente —sospechó.

* * *

—¿Ha visto usted a Kevic?

Peters soportó la inquisitiva mirada del ruso, que era quien acababa de formularle la pregunta.

—Estará en su cuarto, supongo —contestó.

—No. Yo acabo de estar allí y no le he visto.

—Mire usted dentro del armario. A lo mejor se ha metido a dormir allí.

—Es una broma que no tiene ninguna gracia —refunfuñó Stolov—. Pero me da igual. Busco contrario para una partida de ajedrez.

—Yo seré su rival, aunque con una condición, Stolov.

—¿Sí, Peters?

—¿Quién es, o era, Iván Zoloviev?

Los ojos del ruso despidieron chispas de ira.

—De repente, se me han pasado las ganas de jugar al ajedrez —contestó.

—No me extraña en absoluto —dijo Peters—. A lo mejor, todavía ve en sueños el cuerpo de su víctima.

Stolov se iba ya y, de súbito se volvió hacia el joven, chillando descompuestamente:

—¿Quién se lo ha dicho? ¿A quién ha oído que yo...?

Sin inmutarse, Peters respondió:

—A nadie, si he de serle sincero. Fue un tiro al azar, pero di de lleno en la diana.

Stolov estaba muy pálido. De pronto, sacó un pañuelo y se lo pasó por la frente.

—Adiós —se despidió lacónicamente.

El ruso desapareció en la biblioteca. Peters quedó en el vestíbulo, que era donde había tenido lugar el breve diálogo, golpeando un cigarrillo contra la pitillera.

—¿Por qué gritaba tanto Stolov, Danny? —preguntó Ilse.

La muchacha estaba en lo alto de la escalera, apoyada con ambas manos en la balaustrada de piedra. Sin volver la cabeza, Peters dijo:

—Le hice una pregunta y le sentó como un tiro.

—¿Qué pregunta, Danny? —quiso saber ella, mientras descendía por la escalera.

—Se refería a Iván Zoloviev, el nombre que figura en la lista a continuación del de Stolov. Zoloviev murió, probablemente asesinado.

—¿Por Stolov?

—Casi seguro. Lo mismo que Lalla Dnek murió a manos de Hriva; Marie-France Lioussy asesinada por Kevic; Sylvia Forrest por McNabb y, en fin, Tom Chariton por Orpington.

—Pero no entiendo qué relación puedan tener esas muertes, si efectivamente se produjeron, con la herencia del conde.

—Alguna deben de tener, estoy seguro de ello, y acabaremos sabiéndolo. Mientras tanto...

Peters dio media vuelta y se dirigió hacia una puerta situada al fondo, bajo la escalera. Abrió y se encontró en un pequeño pasillo, flanqueado por otras dos puertas.

Ilse le había seguido, devorada por la curiosidad. Peters intentó abrir

una de las dos puertas, de gruesa plancha de madera de roble, sin conseguirlo.

—Es inútil que se esfuerce, señor. Esa puerta no se puede abrir.

Ilse lanzó un gritito de susto. Sin volverse, Peters sugirió:

—En tal caso, ¿por qué no me da usted la llave, Adela?

* * *

La sirvienta permanecía rígida, con las manos sobre el regazo. Sus ojos despedían un fulgor extraño.

—No tengo esa llave, señor —contestó.

Por encima de sus hombros, Peters divisó la cocina.

—¿No tendrá algo de café preparado, Adela?

—Lo haré en unos momentos, señor. Se lo llevaré a...

—Oh, no se moleste. Lo tomaré en la cocina, si no le importa. De paso, charlaré con usted. A menos que tenga algo que objetar, claro.

Adela hizo un desdeñoso encogimiento de hombros y giró sobre sus talones. Peters asió a Ilse por el brazo y la empujó suavemente. La muchacha se sentía terriblemente intrigada.

La sirvienta empezó a trastear en la cocina. Peters se dio cuenta que el departamento tenía una puerta de salida al exterior, aunque no se veían más puertas, excepción hecha de la que conducía al vestíbulo.

—Adela, estoy seguro de que usted se encontraba aquí hacia el final de la guerra —dijo Peters—. ¿Me equivoco?

La mujer no contestó.

—¿Qué pasó entonces? —insistió Peters—. ¿Qué tragedia sucedió, que ahora se pretende tenga su definitivo desenlace?

—¿Por qué no se lo pregunta usted al señor Von Stazely?

—Hans tenía que ser un niño entonces, demasiado pequeño para darse cuenta de las cosas. Y lo mismo le sucedía a Lotte, a pesar de que es algo mayor que su hermano.

—Lo siento, yo no puedo hablar sin permiso.

—¿Le han ordenado guardar silencio?

Adela empezó a preparar las tazas.

—¿Le gusta el café muy azucarado, Señor? —preguntó.

—¿Por qué no quiere contestarme, Adela?

La sirvienta permanecía obstinadamente callada. Pero Peters no era menos tenaz. —Adela, tengo entendido que el viejo mayordomo, Horliger se retiró hace unos seis meses, a raíz de la muerte del conde.

—Así es, y si quiere hablar con él, vaya a la aldea. Le indicaré su casa...

—Otra persona me lo dijo y fui a ver a Horliger, pero alguien se me

había adelantado y le pegó dos tiros.

Adela se quedó inmóvil un instante. Luego empezó a llenar las tazas de café.

Acto seguido, se volvió hacia la pareja.

—Pueden tomar el café si gustan —indicó.

—Gracias, a mí no me apetece —dijo Ilse.

—Yo tomaré una taza —sonrió Peters—. Supongo que no estará envenenado.

Adela permaneció silenciosa. Peters la miró fijamente mientras tomaba su café.

—¿Qué había de raro en el rostro de la mujer?, se preguntó. Había algo forzado, extraño... pero, de momento, no supo encontrar lo que le intrigaba.

Acabó el café y dejó la taza sobre el platillo.

—Estaba exquisito —dijo.

—Gracias, señor —contestó Adela, sin variar de expresión.

Capítulo XII

UNA vez más, Peters se escurrió hacia la aldea, apenas tuvo ocasión para ello. Como la víspera, aguardó a que Urmidt pasara en bicicleta y luego corrió hacia la posada.

Klara estaba despierta.

—Te aguardaba —dijo, con la sonrisa en los labios.

—Magnífico, así perderemos menos tiempo —contestó Peters—. Ponte una bata; tienes que acompañarme.

Klara le miró intrigada.

—¿Adónde, Danny? —preguntó.

—Mencionaste el viejo taller de tu esposo. Guíame hasta allí.

—¿Qué es lo que quieres buscar, Danny?

—El fruto de su trabajo —sonrió el joven—. ¿Vamos?

Klara envolvió su opulento cuerpo en una bata y se puso unas zapatillas. Al salir, apagó la luz.

Descendieron al primer piso. La cocina estaba en la parte trasera del edificio y, a través de ella, pasaron a una habitación que mostraba evidentes detalles de haber sido taller en tiempos.

Todavía quedaban un par de bancos de trabajo y herramientas. Había una pequeña fragua, a base de carbón de coque, a la que un fuelle de pedal proporcionaba aire cuando se hacía funcionar. Peters tocó las cenizas, hallándolas tibias.

—¿Qué es lo que buscas, Danny? —preguntó Klara, intrigada.

Peters no contestó y siguió husmeando por todas partes, abriendo armarios y revolviendo cajones, si bien procuró dejar todo en orden. De pronto, al abrir una gaveta, divisó un bulto envuelto en un paño negro.

Deslió el trazo. En su interior aparecieron cinco llaves de hierro.

Peters sonrió.

—Bien, creo que ya he dado con el objetivo —dijo.

—¿Te refieres a esas llaves? —preguntó Klara.

—Exactamente. —Peters las envolvió de nuevo y luego guardó el paquete en la pechera de su camisa—. ¿Le dirás algo a Fritz?

Klara se le acercó y empezó a jugar con uno de los botones de la camisa del joven.

—Si quieres mi silencio, tendrás que comprarlo —murmuró

insinuantemente.

Peters sonrió.

—¿No hay otro medio de conseguirlo? —preguntó.

Klara movió la cabeza a derecha e izquierda.

—Mi silencio tiene un solo precio —insistió.

Los brazos del británico rodearon su cintura.

—Empezaré a pagar —dijo.

* * *

Ilse se sentó en la cama, cuando oyó ruido en el armario. Apuntó hacia allí con la pistola, pero no tardó en oír la voz de Peters:

—Cuidado con ese cacharro —dijo el joven, con acento de buen humor—. Dicen que el diablo carga las armas.

—¿Cómo sabe que tengo la pistola en la mano? El dormitorio está a oscuras...

—Para eso se la di, ¿no es cierto? Me alegra que sea tan precavida. ¿Dónde está su bata, por favor?

—Ahí, a los pies de la cama.

Peters tapó el espejo. Luego dijo:

—Ya puede encender la luz, Ilse.

La muchacha accionó el interruptor. Algo cayó pesadamente sobre la cama.

—¿Qué es esto? —preguntó, extrañada.

—Ábralo —sonrió Danny, mientras se ponía un cigarrillo en los labios.

Ilse deslió el paquete. Una exclamación de sorpresa brotó de su garganta, al ver las cinco llaves de hierro.

—¿Dónde las ha encontrado? —preguntó.

—¿Dónde se encuentran unos duplicados de ciertas llaves, si no es en casa del cerrajero, Ilse?

Ella creyó comprender.

—¿Ha estado en la posada?

—Sí.

—Es increíble. ¿No le han visto?

Hipócritamente, Peters decidió que una pequeña mentira no estaría de más.

—No, Ilse, no me ha visto nadie —contestó.

—Cinco llaves... —murmuró ella pensativamente—. Tenemos dos, las nuestras; por tanto, podríamos abrir el cofre del tesoro, si...

—Si supiéramos dónde está, ¿no es cierto?

—Sí, Danny; pero no creo que los dos hermanos nos indiquen dónde

está el cofre.

—En eso, pienso igual que usted, porque sospecho que, al igual que nosotros, ellos también ignoran su paradero.

Ilse puso cara de asombro.

—¿Cómo lo sabe usted? —preguntó.

Peters sonrió sibilinamente.

—Quizá es que tengo la virtud de filtrarme a través de las puertas —respondió—. Deme las llaves, por favor.

Ilse las envolvió de nuevo y se las entregó. Peters se dirigió hacia los pies de la cama

—Apague la luz y levántese, por favor.

Ella obedeció. Peters escondió las llaves bajo uno de los huecos de una de las patas y luego se enderezó.

—Siga durmiendo, Ilse. Y no se preocupe por las llaves; están seguras.

—Me preocupa otra cosa, Danny. No nos han visto, pero, quizá nos hayan oído.

—Lo dudo mucho —contestó él—. Ninguno de los dos hermanos estaba en el cuarto de vigilancia cuando yo vine. No obstante y por precaución, tapé el espejo. También son seres humanos y necesitan dormir, ¿comprende?

Ilse sonrió en la oscuridad.

—Está usted en todo, Danny —dijo.

—Instinto de supervivencia, Ilse. ¡Buenas noches!

—¡Buenas noches, Danny!

* * *

El desayuno apareció puntual, en la mesa. Danny comió con magnífico apetito y después terminó de vestirse.

En la escalera, se encontró con el ruso.

—¿Todavía busca a Kevic?

—Ya no. Me espera en la biblioteca —contestó Stolov.

—Seguramente, entre jugada y jugada, hablarán de lo buenos y lo simpáticos que eran Zoloviev y Marie France Lioussy y dirán que fue una lástima que tuviesen que matarlos, ¿no es cierto?

Una horrible mueca apareció en la cara del ruso. Peters creyó por un momento que Stolov iba a echársele encima, pero al fin, el ruso dio media vuelta y se metió en la biblioteca.

—Va que echa chispas —sonrió.

A continuación, se dirigió a la puerta que había bajo la escalera. La abrió y estudió la otra, la que, según Adela, no se podía abrir.

—Veremos —murmuró apagadamente.

Estudió unos momentos la cerradura. Luego, de pronto, se le ocurrió una idea y salió al vestíbulo.

Se detuvo en el umbral de la puerta. Orpington se movía por el vestíbulo, llevando un extraño objeto en las manos.

Parecía una pala, aunque algo más gruesa que lo normal. Peters adivinó enseguida el objeto del extraño artefacto.

Orpington no se había dado cuenta de su presencia.

Silenciosamente, Peters se acercó a él por detrás y dijo:

—¿No sale, no sale?

Orpington se enderezó, aunque sin volverse. Peters advirtió entonces el hilo que partía del mango del detector y acababa en un audífono que Orpington tenía incrustado en la oreja derecha.

—¿Peters? —preguntó el inglés.

—Sí.

—Es usted muy curioso, amigo mío —dijo Orpington—. Hay quien sostiene que la curiosidad es la madre de todos los vicios.

—Estoy en completo acuerdo con el autor del aforismo, sobre todo, si se piensa que, a veces, la curiosidad impele también a matar a la gente. ¿No le parece?

—Peters, sus bromas carecen de gracia —dijo el otro secamente.

—Lo siento, no soy un humorista. Oiga, ese detector, ¿registrará la presencia del plomo en un cuerpo humano? En el de Chariton, por ejemplo.

Hubo un momento de silencio. Luego, súbitamente, Orpington giró en redondo, a la vez que levantaba el detector para golpear al joven.

Su golpe falló. Peters había adivinado las intenciones de Orpington y saltó hacia atrás. El detector, al no encontrar ningún obstáculo, siguió su movimiento de giro y se estrelló con tremenda violencia contra la pared.

Orpington lanzó una terrible maldición. Peters se echó a reír.

—Temo, amigo mío, que tendrá que buscar el tesoro por un medio muy distinto que el de un detector de metales —exclamó.

Y, sin dejar de reír, se marchó, dejando que Orpington devorase la furia que lo consumía interiormente.

* * *

Peters contempló la puerta misteriosa, pero desde la otra parte. Desde la cocina, aquella puerta daba a una escalera, que pasaba bajo la gran escalinata, la cual terminaba en el pasadizo situado entre el primer piso y la planta baja y que daba a los dormitorios de los huéspedes.

—El cofre tiene que estar por alguna parte, pero, ¿dónde? —se

preguntó una y otra vez.

Regresó a su habitación. Hans y Lotte estaban perplejos.

—¿De dónde vendrá? —dijo él, mientras contemplaba los movimientos de Peters a través del correspondiente monitor de televisión.

—Se mueve como pez en el agua. Es muy astuto —calificó Lotte.

—Un tipo así no nos conviene en absoluto —refunfuñó Hans.

—Pero no puedes hacerle nada. No sabes dónde tiene su llave, ni tampoco dónde está la de Ilse. Son las dos que nos faltan.

—Y cuando las tengamos, ¿qué habremos conseguido, Lotte? Tú lo sabes muy bien: no habremos conseguido nada.

Ella se mordió los labios.

—Si pudiéramos hacerle hablar... —murmuró.

—Es inútil —dijo Hans desanimadamente—. Ahora bien, por encima de todo, nos conviene dar con las llaves.

—A mí, eso no me importa demasiado. A fin de cuentas, abrir un cofre, por muy cerrado que esté con siete cerrojos, no es tan difícil.

—¿De veras? ¿Te gustaría volar en mil pedazos?

Lotte se estremeció.

—No, rayos —dijo, muy asustada.

—El cofre está minado de tal forma, que si se intenta abrir de otra forma que no sea utilizando las siete llaves, explotará y matará al curioso que intente averiguar lo que contiene.

—¿Es cierto eso? —preguntó Lotte.

—Debieras saberlo —rezongó Hans—. Por tanto, tenemos que encontrar las llaves y encontrar el cofr...

Hans se interrumpió de repente. Acababa de descubrir algo que le intrigó sobremanera.

—¿Qué demonios es eso? —exclamó.

Capítulo XIII

PETERS supo la respuesta al mismo tiempo que Hans. Se imaginó al hermano de Lotte, agachado junto a la consola de control de las cámaras, con el micrófono en las manos. Peters tenía en la mano el auricular y podía oír perfectamente cuanto se decía en el cuarto de vigilancia.

Sonrió divertido.

—Lástima, no lo oculté muy bien —se dijo.

—¡Un micrófono! —gritó Hans—. Entonces, nos han oído...

—Pero, ¿de dónde ha sacado ese artefacto? —exclamó Lotte, intrigada.

—Aquí hay materiales de sobra y él no es tonto. Me refiero a Peters, naturalmente.

—El cable va a... ¡Rómpelo, Hans! —gritó ella, de repente.

Peters captó un fuerte chasquido. Los sonidos cesaron en el acto.

—Lástima, ahora que la cosa se ponía interesante —dijo. Estaba fuera de campo de la cámara y, puesto que los hermanos Von Szabely ya lo sabían, poco importaba que encontrasen el auricular. Lo arrojó sobre la consola y se dirigió silbando hacia la puerta.

—Al menos, ya sé una cosa —se dijo—, O se abre el cofre con las siete llaves o, el que intente otro procedimiento, quedará hecho picadillo para albóndigas.

Bajó al vestíbulo. Ilse salía en aquel momento del comedor.

—Danny, he averiguado algo interesante —dijo—, ¿Quiere venir conmigo?

—Por supuesto —accedió él.

Ilse le guió hasta la chimenea, cuya consola quedaba a la altura de la cara de Peters.

—Es muy grande —dijo—. Dentro hay un rellano y se puede ver lo que pasa en el comedor por dos aberturas que coinciden justamente con los ojos del murciélago.

—Sí, es interesante —admitió Peters, con acento intrascendente. Para no desilusionar a la muchacha, no le dijo que él ya conocía el secreto de la chimenea—, Pero tendrá algún camino de acceso, ¿no?

—Está demasiado oscuro y no llevaba encima ninguna lámpara —alegó ella.

Peters se inclinó, y metió la cabeza dentro de la chimenea. Con el encendedor, exploró el hueco.

El rellano quedaba justo a la altura de la repisa. Era un saliente de piedra, de unos centímetros de largo, por cuarenta de ancho y otro tanto de grueso. A la izquierda, divisó un túnel muy angosto, de la anchura justa para dar paso a una persona.

Pasar del túnel al saledizo no era difícil; la distancia era de un paso solamente. Peters salió de la chimenea y se encaró con la muchacha.

—Ilse, en otro momento recorreremos el túnel e iremos a ver adónde conduce — sugirió.

—Muy bien, de acuerdo. ¿Qué hacemos ahora?

—Dar un paseo. ¿Le parece bien?

—Encantada.

Salieron del comedor, atravesaron el vestíbulo y pasaron a la biblioteca. Kevic y Stolov seguían enfrascados en su partida de ajedrez.

Peters contempló un instante las piezas del juego, al parecer de marfil, de gran belleza y de notables dimensiones. De pronto, Kevic exclamó:

—¡Jaque mate! ¡Está derrotado, Víctor!

El ruso estudió un momento la situación. Luego, con gesto de resignación, admitió su derrota.

—De acuerdo. Hoy ha ganado usted. Pero otro día...

Con el índice y mientras hablaba, pegó un papirotazo al rey, que tenía casi quince centímetros de altura, y lo tumbó sobre el tablero. La base del rey escupió una sonora llamarada.

Kevic pegó un tremendo brinco y se puso en pie, a la vez que se llevaba ambas manos al pecho. Ilse se puso a gritar.

Stolov se hallaba estupefacto. El francés se agitó un momento y luego se derrumbó pesadamente hacia adelante, llevándose consigo la mesa, el tablero y las piezas, en medio de un gran estrépito.

Peters agarró con fuerza el brazo de la muchacha.

—Cálmese, Ilse —aconsejó.

Ella parecía al borde de la histeria. Stolov estaba anonadado.

—Yo no sabía...

Peters reaccionó y se arrodilló junto al caído. La sangre brotaba en abundancia del orificio que el proyectil había abierto en su pecho.

—Ya no hay nada que hacer —dijo, mientras se incorporaba.

Acercándose a la mesa, tomó la figurita del rey. La base, circular, bastante amplia, mostraba la boca del cañón que había disparado el mortífero proyectil.

—No entiendo cómo ha funcionado este maldito artilugio —masculló.

De pronto, notó que la cabeza coronada se movía. Oscilaba sobre su cuello en todos los sentidos.

Recordó el papirotazo que Stolov había dado a la figurita. Al caer, la corona, que era bastante ancha y muy recargada, había golpeado la mesa. Ello había sido suficiente, sin duda, para accionar el percutor que, chocando contra el fulminante, había deflagrado la pólvora del cartucho.

De pronto, pegó un tirón y arrancó la cabeza del rey. Un tubo de acero, de unos diez centímetros de largo por uno y medio de grueso, cayó en su mano izquierda.

Era un cañón en miniatura, aunque sin ruedas ni cureña, pero con una perfecta reproducción de los mecanismos de fuego. La carga se hacía por la recámara y el gatillo estaba conectado a un alambre que, a su vez, se unía a la cabeza de la figura. El alambre, al tensarse, había quitado el seguro y el disparo había sobrevenido a continuación.

Profundamente impresionado, hizo saltar el cañoncito en la palma de la mano. Stolov empezó a reaccionar.

—¿Qué..., qué haremos con el cadáver? —preguntó.

—No se preocupe; ya hay quien se encargará de ello —contestó—. Ilse, será mejor que se retire a su habitación.

—Sí, Danny.

La muchacha siguió el consejo. Peters y Stolov quedaron frente a frente.

—Y ahora —dijo el joven—, ¿querrá seguir callando cuáles eran las relaciones que le unían con Iván Zoloviev?

El ruso apretó, los labios.

Y escapó de aquel lugar, como si le persiguiesen cien legiones de diablos.

Peters lanzó una última mirada al cadáver. Se preguntó cuál sería la próxima trampa y a quién le tocaría.

Una cosa era segura: el testamento del conde von Szabely había sido el cebo que había atraído hasta allí a siete personas, cinco de las cuales, antes de llegar siquiera a Schalftherhall, sabían que podían correr riesgos mortales.

—Y, sin embargo, vinieron —murmuró—. ¿Tan valioso es el contenido del tesoro?

Pero no habría modo de saberlo, hasta que el cofre hubiera sido abierto.

* * *

—¿Se ha repuesto ya, Ilse?

La muchacha hizo un gesto de asentimiento.

—Creo que sí..., aunque me llevé un susto espantoso —respondió.

—A todos nos pasó lo mismo —dijo Peters—. Y bien, ¿se anima a dar un paseo por el túnel que da a la chimenea?

Ella vaciló un instante, aunque acabó por aceptar la sugerencia:

—Sí, vamos, Danny.

Mientras salían del dormitorio, Peters dijo:

—He estado pensando en la forma en que se produjeron las muertes, Ilse.

—¿Ha obtenido alguna conclusión?

—Pues... sí y no —contestó el joven—. El primero en morir fue Hrivá, ametrallado dentro de su automóvil. ¿Por qué llegó a toda velocidad y sin ninguna precaución?

Ilse guardó silencio. Peters continuó:

—McNabb murió a continuación, envenenado por el pinchazo de aquella aguja impregnada de curare. No hay duda de que el que puso la trampa, conocía la afición de McNabb a la bebida.

—Sí, pero es una trampa que hubiera podido servir para cualquiera de nosotros —alegó Ilse.

—He estado pensando mucho —dijo Peters—. La botella no había estado allí antes. Lo que había eran frascos tallados, pero no una botella de *scotch*.

—Ya entiendo. La pusieron para que McNabb picase.

—En efecto. El contenido de los frascos era jerez y coñac francés. A McNabb, por lo visto, le tiraba mucho más el escocés.

—¿Y Kevic?

—Era una trampa destinada para cualquiera de los dos, ambos grandes aficionados al ajedrez.

—Pero, ¿por qué tuvo que funcionar hoy, precisamente?

—En el juego del ajedrez, el perdedor, a veces, hace lo que hizo Stolov: derribar su rey, como indicando que admite la derrota. El rey está casi en el centro del tablero..., y si Kevic hubiese perdido, la bala había sido para el ruso, lo cual pudo haber sucedido igualmente durante alguna de las partidas anteriores.

—Comprendo —murmuró Ilse—. ¿Queda todavía alguna trampa por funcionar?

—Probablemente, dos.

—¿Dos? Quedamos cuatro, Danny.

—Sí, pero nuestros nombres figuraban solitarios en la lista. Eso significa algo, indudablemente. Yo opino que significa cinco víctimas de los herederos del conde, aunque no se me alcanza qué relación pudo haber entre las víctimas y el conde.

Ya estaban en el comedor. De pronto, se oyó un ruido raro en el vestíbulo.

Peters se volvió y entreabrió la puerta. Urmidt salía en aquel instante, en pie sobre el montacargas que conducía al interior de la casa desde la cueva. El posadero., muy agitado, echó a correr hacia la puertecita situada bajo la escalera.

—¿A qué habrá venido? —preguntó Ilse.

—Muy sencillo: ya ha descubierto que le he quitado las cinco llaves —contestó Peters.

—¿Está seguro de que sólo viene por eso? Danny, yo tengo la impresión de que

Urmidt hizo cinco duplicados de las llaves para sí, aparte de los ejemplares que entregó a los dos hermanos. Ahora, imagínese por qué lo hizo.

—¡Caramba! —exclamó el joven—. ¿Sabe que tiene razón? Mire, a mí no se me había ocurrido la idea... Pero si no es por eso, ¿por qué otra cosa ha venido?

Urmidt había desaparecido ya tras la puerta. Peters abandonó el comedor.

—Quédese aquí, Ilse —dijo—. Voy a ver si me entero de los motivos que han traído a Urmidt aquí a hora tan temprana.

Capítulo XIV

—**H**AY un policía investigando en la aldea —dijo Urmidt, muy alterado.

—Es natural —contestó Hans burlonamente—. No podemos olvidar que Horliger fue asesinado.

—Eso es lo que investigan, Fritz, así que no tiene por qué preocuparse —añadió Lotte, mientras encendía un cigarrillo.

—A mí me pareció que debían saberlo... —dijo el posadero, bastante confundido. —Fritz, yo no maté a Horliger, ni mi hermana tampoco —declaró Hans—. Estoy completamente tranquilo al respecto y río me importa que haya en la aldea un policía o un centenar de policías.

—Bueno, si ustedes lo dicen...

—Así es, Fritz —cortó Lotte—, de modo que ya se puede volver a su posada. Si ocurre algo, descuide, le avisaremos.

—Está bien.

Urmidt se marchó. Peters lo vio pasar a cortísima distancia, agazapado al pie de la escalera que conducía al cuarto de vigilancia. El posadero ni siquiera sospechó que había unos ojos que espiaban sus movimientos.

Luego volvió a acercarse a la puerta. Lotte decía:

—Empiezo a ponerme nerviosa, Hans.

—Tranquilízate, hermanita. Ya falta poco —contestó el hombre.

—No puedo tener calma —insistió ella—. Tú dirás lo que quieras, pero hay dos trampas todavía por funcionar. Y los que quedan estarán muy alertas en todo momento.

—Oye, Lotte, no pretenderás que yo salga y los mate a tiros, ¿verdad? Es preciso dejar que las cosas sigan su curso normal. Ya llegará el desenlace... y lo de Horliger fue irremediable. Habría acabado por descubrir el secreto de..., de Adela.

—Con tal de que no te anticipe Peters el desenlace.

—¡Bah, no hagas caso! ¡Ese muchacho...!

—Ese muchacho fue lo suficientemente listo para montar un micrófono y escuchar lo que decíamos. Y es tan listo, que aún no hemos podido encontrar su llave ni la de Ilse. Ni siquiera estoy segura de que no acabe adivinando lo de Adela.

—¿Y qué? Tampoco sabemos dónde está el cofre.

—Hans, ¿no habrá medio de que sepamos dónde lo escondió el viejo?

Von Szabely suspiró.

—Tú sabes que no y conoces también las causas —respondió.

Peters creyó presentir la verdad. Ya había oído bastante, decidió, y sabía que Hans era el asesino del viejo mayordomo.

En silencio, abandonó su observatorio.

—Ilse —dijo al llegar al comedor—, vamos a suspender la excursión por ahora.

—¿Ha ocurrido algo, Danny?

—Ya le contaré más tarde. Iremos al túnel después de la cena, cuando todos se hayan retirado.

—Muy bien.

Peters y la muchacha se dirigieron hacia el vestíbulo. Orpington bajaba: por las escaleras en aquel momento.

El británico les dirigió una fría mirada. Peters observó un búho sospechoso en el lado izquierdo de su chaqueta.

—¿A quién teme, Orpington? —preguntó.

—Esa es mía pregunta indiscreta, por no calificarla de otro modo —respondió Orpington con acento irritado.

—Kevic ha muerto. ¿Cree que podrá sortear la trampa que le corresponde a usted?

—Hasta ahora, no me ha pasado nada —sonrió el británico.

—Cosa que no se puede decir de Chariton. ¿Por qué lo mató?

El británico se había rehecho ya.

—Si es tan listo, ¿por qué no lo averigua? —dijo irónicamente.

—Acabaré por saberlo, créame.

—¿Y qué me importa? Ocurrió hace veinticinco años, en una época ligeramente turbulenta, según recordará, aunque entonces no tuviese usted edad suficiente para discernir las cosas. Si entonces ni siquiera pudieron culparme, ¿cómo van a hacerlo ahora?

—Al parecer, olvida usted que hay quien se ha propuesto hacer justicia sobre los sucesos que ocurrieron aquí en aquella época «ligeramente turbulenta». Las circunstancias, creo yo, no justifican cinco asesinatos a sangre fría, porque estoy seguro de que lo fueron, Orpington.

Nuevo encogimiento de hombros por parte del inglés.

—Siga, siga investigando —dijo zumbonamente.

Y se marchó.

—Un tipo verdaderamente duro —calificó Ilse instantes después.

—Cínico, astuto y, cuando se le presente la ocasión, despiadado —añadió Peters.

Dejó a la muchacha en su cuarto y se acercó a la puerta contigua, que estaba señalada con el número dos.

Llamó. El huésped dio permiso inmediatamente:

—¡Pase!

Peters abrió la puerta, pero se detuvo al verse encañonado por una pistola de gran calibre.

—Vengo en son de paz, Stolov —dijo.

—Por si acaso, mantenga las manos lejos de los costados —aconsejó el ruso—. ¿Qué es lo que quiere de mi, Peters?

—Conocer la historia de Zoloviev —respondió el joven sin pestañear.

* * *

Stolov guardó silencio un momento.

—¿Tanto le interesa? —preguntó al cabo.

—Ciertamente —contestó Peters.

—¿Y si no quisiera contársela?

—Carezco de medios para obligarle a ello, Stolov. El ruso parecía meditar.

—No estuvo bien —murmuró—. No estuvo bien... pero, a veces, las circunstancias mandan.

—¿Quiere decir que se vio obligado a matar a Zoloviev?

—Usted no me comprendería jamás, Peters —respondió Stolov.

—Por lo que he podido deducir, fueron cinco asesinatos a sangre fría —manifestó el joven.

—Repito que todo depende de las circunstancias... del prisma con que se miren los sucesos. Sí, maté a Zoloviev, pero no puedo explicarle las causas.

—¿Qué pasará si las averiguo por mi cuenta?

Stolov se encogió de hombros.

—No puedo impedírselo —contestó.

—¿Y esa pistola? —señaló Peters.

—Es para mi defensa personal. Estoy convencido de que usted no me atacará.

—Es cierto, pero me intriga que, sabiendo que puede morir en cualquier momento, no intente abandonar Schalfterhall.

—Tengo poderosas razones para correr ese riesgo —respondió Stolov.

—El cofre del tesoro.

—Exacto.

—¿Es muy valioso su contenido?

El ruso sonrió.

—Espero saberlo pronto —dijo.

—Yo también —contestó el joven—. Le deseo suerte, Stolov.

—Gracias, Peters.

Los dos hombres se miraron aún un instante. Luego, Peters dio media vuelta y se dirigió hacia la puerta.

—Una pregunta todavía, Stolov —dijo el joven de pronto.

—Hágala, Peters.

—¿Ha intentado usted buscar el cofre del tesoro?

—Con resultados infructuosos, hasta ahora —admitió Stolov.

—Gracias, eso es todo.

Peters salió del dormitorio.

Algo había averiguado de una forma concreta: veinticinco años antes se habían cometido cinco asesinatos en Schalftherhall... y ahora llegaba la venganza para los asesinos.

Cinco hombres de otras tantas nacionalidades, como sus víctimas. ¿Cuáles habían sido los motivos de la matanza?

¿Motivos políticos?, se preguntó.

* * *

Estaba tumbado tranquilamente en la cama, cuando, de pronto, recordó un detalle olvidado hasta entonces.

Consultó el reloj. Todavía tenía tiempo.

Saltó de la cama y corrió hacia la puerta. Ilse descendía las escaleras delante de él y se volvió asustada al oír el ruido de sus pasos.

—No tema —sonrió él—. Soy yo.

—Tengo los nervios a flor de piel —confesó la muchacha.

—Es comprensible, Ilse. ¿Quiere acompañarme?

—¿Adónde va?

—Sígame y lo sabrá dentro de unos minutos.

Ilse se emparejó con el joven. Los dos se dirigieron hacia la biblioteca, que atravesaron sin detenerse.

—Cómo ve —señaló Peters irónicamente—, ya hay quien se ha ocupado del cadáver de Kevic.

Ella se estremeció, aunque no dijo nada. Salieron fuera y se encaminaron hacia la tumba del conde.

Al llegar junto a la gran losa, Peters se inclinó y rozó su superficie con las yemas de los dedos.

—Creo que he acertado —dijo—. Ilse, voy a convertirme en violador de sepulturas.

—¡Pero es imposible levantar una losa tan pesada sin una grúa! —alegó la joven.

—¿De veras?

Peters se inclinó, metió las manos por debajo del borde inferior de la losa y la hizo girar fácilmente en sentido longitudinal.

Ilse estaba pasmada.

—Es usted un hércules, Danny.

El joven se echó a reír.

—Nada de eso —contestó—. La losa es sólo un bloque de espuma sólida, como los que se usan en los decorados de televisión. Se pintó convenientemente, después de haber hecho los grabados del escudo y la inscripción funeraria, dándole el aspecto de granito auténtico.

—La impresión era absolutamente real —dijo Ilse. De súbito, lanzó un agudo grito—: ¡Danny, la tumba está vacía!

Peters sonreía.

—Esperaba que lo viese usted por sí misma —contestó.

En la penumbra del ocaso era fácil ver el hueco completamente vacío. El joven añadió:

—Tengo la seguridad de que había alguien más que también conocía la falsedad de la lápida, Ilse.

—¿Cómo lo sabe, Danny?

—Vi a alguien husmeando junto a la lápida. En esos momentos, no puedo acordarme bien si era Kevic o Stolov. Pero eso me dio una idea y, como ve, ha resultado.

—Sí, pero, entonces, ¿dónde está el cuerpo del conde?

—Ilse, ¿quién nos asegura que el conde von Szabely ha muerto? —dijo Peters dramáticamente.

Capítulo XV

LA cena se desarrolló sin entera normalidad. Peters se fijó extraordinariamente en Adela, sobre todo, en sus manos.

La sirvienta se retiró después de servir el café y los licores. Stolov y Orpington apenas si cambiaron algunos monosílabos y se retiraron muy temprano.

Ilse ardía de impaciencia. Una o dos veces fue a decir algo, pero un rápido gesto del joven la hizo guardar silencio.

Transcurrieron algunos minutos. De pronto, Peters se levantó.

—Es la hora —dijo.

Ilse le siguió. Momentos después, se hallaban en el interior de la chimenea.

Peters se izó hasta el túnel. Luego asió las manos de la joven y la levantó en vilo.

—Si quiere, puede ponerse ahí para ver lo que se hace y dice en el comedor —indicó, señalando los ojos del murciélago heráldico.

—No, gracias —contestó ella—. ¿Adónde da este túnel?

—A una puerta que no pude abrir ayer. Sígueme, Ilse.

Peters alumbró el camino con una linterna. Momentos más tarde, llegaban a la puerta señalada.

—Me faltó la ganzúa la otra vez —dijo, mientras hurgaba con un alambre en la cerradura.

Momentos después, tenía el paso franco. Abrió la puerta y entró en una habitación escasamente alumbrada.

Había dos camas, ambas ocupadas por dos individuos, que parecían profundamente dormidos. Una de las camas era más bien un catre de campaña. La otra era un lecho aún más lujoso que el que utilizaban los huéspedes.

Peters buscó un interruptor y aumentó la iluminación de la estancia. Los durmientes continuaron inmóviles.

Ilse estaba atónita.

—Pero, ¿quiénes son...?

—Uno de ellos, seguro, el conde. El otro, indudablemente, su abogado —contestó Peters.

—Están secuestrados, Danny.

—Una casi perfecta definición de la situación de estos dos hombres. Añada la palabra narcótico y la definición será completa.

El aspecto de los durmientes era enteramente normal. La mirada de Ilse se paseó por la estancia y, de repente, descubrió algo que llamó poderosamente su atención.

—¡Mire, Danny! —exclamó.

Peters siguió con la vista la dirección que ella le señalaba con el brazo. Su asombro fue enorme al contemplar el cuadro que pendía de uno de los muros de la estancia.

Era el retrato de una hermosa mujer, de tamaño natural, vestida con un traje largo, de color rosa muy claro. Entre los brazos tenía un ramo de rosas rojas.

—Se le parece a usted extraordinariamente —dijo Peters.

—Sí, y eso es lo que me extraña, porque yo no recuerdo haber visto nunca a esa mujer.

Peters concibió una idea repentina.

—Ilse, hay muchas cosas que yo desconozco de usted —dijo—. Me refiero a antecedentes personales, comprende.

—Sí, Danny. ¿Por ejemplo...?

—¿Viven sus padres?

—Murieron al final de la guerra. Yo tenía unos pocos meses y me recogió una hermana de mi madre.

—Es curioso. —Peters se pellizcó el labio inferior—. Mi padre murió también al final de la guerra, en el curso de una operación especial que ejecutaba con su unidad. Apenas si le recuerdo... claro que yo tenía entonces cuatro o cinco años. Pero sé que su muerte se produjo en las inmediaciones de Kuhlach-am-Schalfter.

—Entonces, nuestro nombramiento de herederos del conde no es mero capricho —dijo Ilse.

—En absoluto, pero, mejor que discutir esto, ¿por qué no intentamos reanimarlos?

—¿Cree que lo conseguiremos, Danny?

—Quedándonos parados, desde luego que no. Sin embargo, algo idearemos para arrancarles al sueño en que alguien les ha sumido artificialmente.

Una voz dijo entonces:

—Si le parece, yo tengo algo que puede despertar al conde y a su abogado. Antes de un cuarto de hora, habrán vuelto a la normalidad.

* * *

Ilse emitió una exclamación de sorpresa. Peters se volvió sin prisas.

—No parece que eso que tiene en la mano sea el remedio contra ningún narcótico — dijo, aludiendo a la pistola que Orpington empuñaba con la mano derecha.

—Ese remedio está en mi bolsillo. Pero no quiero testigos cuando el conde despierte. —¿Nos matará, como mató a Chariton?

—A decir verdad, estoy dudándolo —respondió el británico—. Me gustaría dejarles ir libres...

—¿Teme algo de nosotros? Creo que usted no ha tenido nada que ver con los asesinatos actuales.

—Eso es muy cierto, pero está el cofre del tesoro.

—Y no quiere compartir su contenido con nadie.

Orpington suspiró.

—Veinticinco años detrás de ese maldito cofre —dijo—. Si me prometen ser buenos, los dejaré ir.

Peters hizo un signo negativo.

—Usted es capaz de despertar al conde, obligarle a que diga dónde está el tesoro y luego asesinarlo —contestó.

—Mi joven compatriota, usted parece adivinar el pensamiento. En efecto, ésas son mis intenciones..., ¡y no permitiré que nadie se interponga en mi camino!

Ilse lanzó un grito cuando vio que la mano del inglés se crispaba en torno a la culata del arma. El índice apretó el gatillo y se produjo una extraña explosión.

Orpington se tambaleó, con la sorpresa pintada en su rostro anguloso.

—Pero, ¿quién diab...?

La sangre brotaba a la vez de su boca y de su pecho. También salía de un profundo corte en la mejilla izquierda.

Una tos súbita ahogó sus palabras. Cayó de rodillas, sufrió una terrible convulsión y su cara chocó contra el suelo.

Ilse se volvió a un lado para no contemplar el horrible cuadro. Peters se inclinó y recogió la pistola, cuya culata aparecía destrozada por la explosión.

Examinó el cañón. Estaba taponado.

Orpington había dejado de moverse. Peters se inclinó sobre él y le registró los bolsillos, extrayendo una caja metálica, con servicio de inyecciones. Había un par de ampollas, con la etiqueta de un conocido estimulante.

Buscó una manta y tapó el cadáver. Luego dijo:

—Ilse, voy a despertar al conde.

—Cuando lo haya conseguido, pregúntele dónde está el cofre del tesoro, ¿quiere?

Peters permaneció callado unos instantes. Al fin, dijo:

—Tenía ganas de verle en persona, Hans von Szabely.

* * *

Hans apareció, seguido de su hermana Lotte. El primero estaba armado con un revólver.

—Ese estimulante no es necesario, Peters —dijo Hans—. Yo tengo otro remedio más seguro.

—En tal caso, ¿por qué no lo emplea?

—A su debido tiempo. ¡Apártense! ¡Vayan al fondo! —ordenó perentoriamente.

Peters e Ilse Obedecieron el mandato. Hans se inclinó un instante, destapó el cadáver parcialmente y luego volvió a cubrirlo.

—La trampa ha funcionado —dijo, mirando a su hermana con aire de satisfacción.

—¿Fue usted quien taponó el cañón? —preguntó Peters.

—Lo admito —contestó Hans.

—Entonces, es un...

Peters contuvo a Ilse prudentemente.

—No haga comentarios que pueda ofenderle. Está armado y nosotros no —aconsejó.

—Así me gusta, discreto y prudente —sonrió Hans— Lamento no haberlo sabido antes, pero dentro de muy poco, nuestro tío nos dirá de una vez dónde está el cofre del tesoro.

—Tengo la sensación de que el conde no se fiaba en absoluto de sus sobrinos —manifestó Peters.

—Así era, aunque bien supo pedirnos ayuda —confirmó Lotte—. Pero, ¿por qué ese tesoro no nos iba a beneficiar a nosotros y sí a siete desconocidos?

—¿Cree usted que, al menos, la señorita Kurtn era desconocida para el conde? Mire el cuadro, por favor.

Los ojos de Lotte fueron hacia el lugar señalado. Una exclamación de sorpresa brotó de sus labios.

—¡El parecido es increíble! —dijo.

—Opino que se trata de la madre de Ilse. El conde debió de conocerla en tiempos; he ahí una razón del por qué la nombró heredera —dijo Peters.

—¿Y a usted? —preguntó Hans.

El joven se encogió de hombros.

—Despiértelo —dijo—. Él se lo explicará; así lo sabré yo también. ¡Ah! —añadió Peters con acento intrascendente—, si no quiere molestarle, puede ordenárselo a Adela.

—Deje a Adela tranquila en su cocina —refunfuñó Hans.

—No. Está a su lado, ahora con su aspecto normal.

Ilse lanzó un grito de sorpresa.

—¿Cómo? Ella es...

—Sí, una peluca, un buen maquillaje y ciertos bultos bajo la ropa, a fin de hacerla parecer más gruesa, convertían a Lotte en Adela. ¿No se dio cuenta de que los ojos del murciélago estaban vacíos cuando ella nos servía la mesa? Las manos de Adela eran demasiado finas...

—Es usted muy listo, demasiado listo —dijo Lotte, furiosa—. ¿Dónde tiene sus llaves?

—¿A cuáles se refiere usted? ¿A las dos que les faltan o a las siete del conjunto?

—¿Por qué había de tener usted las siete? —exclamó Hans, asombrado—. Pase porque tenga la de Ilse, además de la suya, pero las cinco restantes...

—Las tengo y están bien guardadas, donde nunca las encontrarán ustedes dos. En el mismo sitio donde guardo la cuerda que me servía para entrar y salir de Schalfterhall.

Hans meneó la cabeza.

—Demasiado listo, demasiado listo —murmuró.

—¡Acaba con él, Hans! —gritó Lotte.

La pistola de Hans apuntó al pecho de Peters. Pero, de repente, se oyeron pasos precipitados.

—¡Maldito traidor! ¿Dónde están mis llaves? —gritó alguien, terriblemente encolerizado.

Capítulo XVI

FRTZ Urmidt irrumpió en la estancia, apuntando a Hans con el índice.

—¡Usted, me robó mis llaves! —gritó, descompuesto.

Hans estaba perplejo.

—No sé de qué me habla, Fritz...

—El buen Urmidt copiaba las llaves según el molde que usted le entregaba, pero, al mismo tiempo, se hacía otro ejemplar para sí —aclaró Peters.

Urmidt volvió los ojos hacia el joven.

—Entonces, fue usted —acusó.

Peters sonreía plácidamente.

—Lo admito —contestó.

—De modo que este granuja viene a quejarse... después de que él mismo intentó engañarme... —dijo Hans. Y de súbito, presa de un repentino ataque de furia, disparó tres tiros contra el posadero.

Urmidt chilló y cayó al suelo. Hans se volvió hacia Peters, pero el joven no estaba ya en su sitio.

Un puño, que parecía una maza, golpeó demoledoramente el cráneo de Hans, quien se desplomó inconsciente. Lotte permanecía atónita.

Peters se fue hacia ella y, agarrándola por un brazo, la sacudió un par de veces con todas sus fuerzas.

—Despierte al conde —ordenó—. Hágalo o morirá.

Lotte había perdido repentinamente el valor. Fue a la mesilla de noche y preparó en silencio una jeringuilla de inyecciones.

—¿De quién fue la idea de las trampas, Lotte? —preguntó Peters.

—Mi tío lo ideó todo. Fue preparándolo pacientemente, a lo largo incluso de años —explicó Lotte.

—Hasta la falsa sepultura.

—Sí.

—Pero cuando llegó el momento, ustedes lo encerraron aquí, y lo mismo hicieron con el abogado que debían leer el testamento.

Lotte asintió. Aplicó las inyecciones y se retiró a un lado.

—Despertarán dentro de diez minutos —aseguró.

—Lotte, ¿por qué se prestaron ustedes a este juego? —quiso saber Ilse.

Lotte miró a la muchacha.

—Imagínesele —contestó.

—El cofre, Ilse, el cofre —suspiró Peters.

—¿Tan valioso es lo que contiene que les persuadió a ayudar al conde a cometer varios asesinatos? —dijo la— muchacha.

—Ilse, tengo la sensación de que el conde consideraba estas muertes como simples actos de justicia —contestó el joven.

Hans había quedado en el dormitorio, atado de pies y manos. El conde y su abogado estaban en el comedor, recobrándose con café y coñac que había preparado la muchacha.

Lotte estaba en un ángulo de la sala. Peters se sentó frente a Ernest von Szabely.

—¿Y bien, conde? ¿Querrá ahora explicarnos los motivos de su venganza?

—Eran cinco amigos míos, todos artistas —respondió Von Szabely—. Zoloviev, Lalla Dnek, la Lioussy, Sylvia Forrest, Tom Chariton... La nacionalidad no contaba para ellos ni para mí. Presidían en Schalftherhall desde antes de la guerra, y cuando se produjo el conflicto, yo les protegí y en más de una ocasión los escondí de los registros de las tropas de las S.S. Pero cuando se acababa la guerra, aparecieron aquí cinco hombres, que decían ser agentes especiales de sus gobiernos... Sin juicio ni escuchar siquiera sus disculpas, ejecutaron a mis cinco amigos. Curiosamente, cada asesino se encargó del de su respectiva nacionalidad.

—¿Los consideraron traidores?

—Sí. Se imaginaron que esto era un centro de entrenamiento para espías... ¡Espías! —barbotó Von Szabely, furioso—. Eran personas que sólo amaban el arte, la pintura, la música... Todos éramos sinceros amigos..., y cuando supe su muerte, juré que un día habría de vengarlos, al precio que fuese.

—¿Y usted, no estaba en Schalftherhall en aquellos instantes?

—Había ido a Colonia para recoger a mi esposa. Mi mujer había ido a visitar a su madre... y allí se quedó para siempre, entre las ruinas de un bombardeo —explicó Von Szabely.

—Quizá eso explica el cuadro que hay en su dormitorio —dijo Peters.

—Sí, la niña, afortunadamente, consiguió salvarse.

—Pero a mí nunca me dijo nadie que yo fuese su..., su... ¿Por qué llevo el apellido Kurtn? —exclamó Ilse.

—Es el de tu madre —respondió el conde.

—Y todos estos años, hemos estado separados.

—Yo no podía cuidarme de ti. Cuando las cosas se normalizaron, viajé mucho. Tenía que buscar a cinco asesinos.

—Y los encontré —habló Peters.

—Me costó años, pero logré localizarlos. Cuando lo hube conseguido, les cité aquí, con la falsa noticia de mi fallecimiento.

—Bien, pero, ¿cuál es mi papel como heredero? —preguntó Peters—. Ya sabemos que Ilse es su hija...

—Hubo un hombre que quiso salvar a mis cinco amigos. No lo consiguió y fue también asesinado. Se llamaba Lambert Peters.

El joven inclinó la cabeza.

—¿Cuál de ellos lo hizo? —preguntó.

—Hriva, el checo.

—No puedo lamentar su muerte —dijo Peters, con los labios muy prietos—. Pero sus sobrinos le traicionaron.

—Todos podemos equivocarnos —suspiró el conde.

—Pero ahora, esas muertes... Estamos en tiempos de paz; usted no puede tomarse la justicia por su mano.

Von Szabely sonrió enigmáticamente.

—Dentro de poco habrá ahí afuera una tumba auténtica —contestó—. Mi corazón no resistirá ya mucho tiempo. ¿Qué me importará entonces la justicia de los hombres?

Hubo un momento de silencio. Luego, Von Szabely dijo:

—Ilse, yo sé dónde está enterrada tu madre. Cuando yo haya muerto, haz traer sus restos a Schalftherhall. Quiero descansar junto a ella.

Ilse asintió. Las lágrimas resbalaban por sus mejillas.

—Danny —añadió el conde—, el cofre del tesoro está tras la chimenea. Empuja esa piedra saliente hacia adelante y luego tira hacia atrás, con movimientos secos. Trae el cofre aquí, por favor.

* * *

El cofre estaba sobre la mesa. Era de oro macizo, exquisitamente trabajado, con numerosas incrustaciones de piedras preciosas de todas clases. En el frente se veían las siete cerraduras. Las llaves estaban al pie del cofre.

—¿Lo abro, señor? —preguntó Peters, una vez repuesto de la emoción que le causaba contemplar aquella joya de incalculable valor.

—Espera unos momentos, muchacho —dijo Von Szabely.

Peters se preguntó por los motivos de la actitud del conde. Pero casi enseguida, se oyó una voz conocida:

—Si no les importa demasiado, lo abriré yo. El cofre es demasiado grande y pesado para llevármelo, pero imagino que lo que contiene en su interior es de más fácil transporte.

—Pesa muy poco, en efecto, Stolov —sonrió Von Szabely.

El ruso entró en la estancia, empuñando una pistola. Movi6 la mano izquierda.

—¡Fuera de la mesa, todos! —orden6.

Peters agarr6 a la muchacha. El conde y su abogado se fueron tambi6n al otro extremo del comedor.

Con la mano izquierda, Stolov fue insertando las llaves en sus correspondientes cerraduras. Cuando iba a meter la s6ptima, el conde dijo:

—Stolov, ¿de veras tiene inter6s en conocer el contenido del cofre?

—¡Claro que s6! —contest6 el ruso malhumoradamente. Hizo girar la s6ptima llave y luego trat6 de abrir el cofre, pero la tapa no se levant6 —. ¡Eh, esto no funciona! — protest6.

—Son unas cerraduras especiales. Para terminar de abrirlas es preciso sacar las llaves —explic6 Von Szabely—. Pero yo que usted no lo har6a, Stolov.

—¿Por qu6 no?

—¿Quiere llevarse usted las cenizas de cinco personas buenas y decentes? Porque eso es lo 6nico que contiene el cofre.

Stolov lanz6 un rugido de rabia:

—¡Mentira!

Retir6 r6pidamente las llaves. Luego alz6 la tapa.

Se oy6 una terrible descarga. Las siete cerraduras vomitaron otras tantas llamaradas. Los siete proyectiles hicieron saltar al ruso hacia atr6s.

Cuando toc6 el suelo, estaba ya muerto.

Von Szabely sonre6a.

—Creo que ahora ya puedo morir tranquilo —dijo—. Mis amigos est6n vengados.

* * *

—A pesar de todo, no puedo aprobar lo que hizo mi padre —dijo Ilse, algunos meses m6s tarde.

La muchacha se paseaba por la isleta, en compa6a de Peters, quien hab6a regresado la v6spera de Inglaterra. Peters hab6a cre6do conveniente dejar pasar alg6n tiempo antes de regresar a Schalfterhall, una vez esclarecido el misterio.

—No se le puede culpar totalmente —contest6 6l—. Las muertes de sus amigos y la de su esposa debieron de trastornarle, infiltrando en su mente la obsesiva idea de una venganza a cualquier precio. Y los otros murieron por codicia, 6vidos de conseguir lo que hace veinticinco a6os no hab6an podido lograr.

—Posiblemente sea así —admitió Ilse—. Siento que tu padre estuviese mezclado también en este asunto.

—Aquello ya pasó —dijo Peters—. Debiéramos empezar a olvidarlo.

Ilse hizo un movimiento afirmativo. Los dos estaban muy cerca de una tumba que ahora contenía los restos de dos personas.

Peters guardó silencio. Lotte había conseguido quedar exculpada, alegando ignorancia de las trampas. En cuanto a Hans, las muertes de Urmidt y de Horliger le iban a salir caras en años de cárcel.

Klara Urmidt se había casado nuevamente y, al parecer, esta vez con más experiencia, había sabido elegir su pareja. El cofre, un objeto que había pasado a loó herederos de los Von Szabely, durante generaciones enteras, estaba guardado en lugar seguro.

Ilse rompió de pronto el silencio.

—Danny, tú recuerdas los términos del testamento de mi padre, en lo que se refiere a nosotros dos — dijo

—Sí, desde luego.

—Bien, ¿qué opinas?

Peters sonrió.

—El testamento dice que debiéramos casarnos, aunque no nos obliga a ello, si va contra nuestros gustos o nuestra voluntad —dijo—. Por mi parte, no tengo ninguna objeción que formular. ¿Y tú?

Ilse reclinó la cabeza en el pecho del joven.

—Es la parte del testamento que más me agrada —contestó.

F I N



Las mejores obras de:
**"SUSPENSE", ESPIONAJE
Y POLICIACAS**
escritas por los mejores
autores del género



Más de 1.500 títulos en sólo dos
colecciones son prueba evidente
del favor que el público dispen-
sa a nuestras series populares



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 15 PTAS.

Impreso en España